
Una Nación Secuestrada

El Terror militarista en España

Vicente Blasco Ibáñez

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8363

Título: Una Nación Secuestrada

Autor: Vicente Blasco Ibáñez

Etiquetas: Panfleto, folleto

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de julio de 2024

Fecha de modificación: 31 de julio de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Lector: Si vives en España procura que este escrito circule mucho. Dalo a leer a todos tus compatriotas.

Si vives en el Extranjero, esfuérzate por hacerlo entrar en España y con ello prestarás un enorme servicio a la liberación de un país esclavizado actualmente.

Para la introducción en España del presente folleto, y de otros que iré publicando oportunamente, he adquirido dos aeroplanos que llevan los nombres de "Libertad" y "República Española".

Todos los españoles amantes de la regeneración de su patria, deben atender y ayudar a los hombres de buena voluntad que tripulan dichos aeroplanos, cuando aterricen en el suelo de España.

Agradezco de antemano cuanto se haga en favor de estos valientes colaboradores, que exponen su vida por una noble causa.

V. B. I.

Tirada del presente folleto: DOS MILLONES de Ejemplares

I. Al lector

Vivo hace años alejado de la política, pero la situación actual de España me obliga a salir de mi retiro, empujándome otra vez a unas luchas que creí abandonadas para siempre.

Confieso que he vacilado mucho antes de adoptar tal resolución. Mis gustos de novelista se complacen mejor en una existencia aislada y laboriosa. Mas por deber es preciso que combata como en otros tiempos, y sabido es que el deber resulta las más de las veces de un cumplimiento áspero y cruel.

Nada voy a ganar con la actitud de ataque que adopto ahora, y, en cambio, tal vez pierda mucho. Había yo llegado a la mejor situación que puede conquistar un escritor. Los más de los españoles eran amigos míos, agradeciendo, por solidaridad nacional, el prestigio más o menos grande que he podido obtener en el extranjero. Ahora tendré que renunciar a la amistad de algunas personas que, por interés o por convicción, transigen con el estado presente de España. Siento mucho apartarme de ellas: pero cuando se trata de cumplir un deber, el hombre honrado no debe vacilar entre los efectos individuales y las imposiciones de su conciencia.

España es hoy una nación que vive secuestrada. No puede hablar porque su boca está oprimida por la mordaza de la censura. Le es imposible escribir porque tiene las manos atadas. El instinto de conservación impide que las gentes salgan a la calle para protestar contra tal esclavitud. Un ejército poseedor de todos los medios destructivos oprime al país y le es fácil borrar con fusiles y ametralladoras las quejas de la muchedumbre desarmada.

La palabra «ejército» resulta impropia en el presente caso. Después de la última guerra europea, que fue una guerra de pueblos, «ejército» significa nación armada, conjunto de todos los ciudadanos que sin distinción de creencias ni categorías sociales empuñan las armas en defensa de su patria. En España, el ejército es una clase aparte, una especie de casta social como en la Prusia del siglo XVIII durante el reinado de los primeros Hoenzollern. Existe el servicio militar obligatorio para ser soldado, pero no para ser oficial. Sólo son oficiales los militares de profesión, que se consideran de esencia distinta a la de sus compatriotas. De aquí que el país no sienta interiormente gran simpatía por su llamado ejército, que en realidad no tiene nada de nacional.

Es a modo de una organización pretoriana para la defensa de la monarquía. Los hechos se han encargado recientemente de probar tal afirmación. Este ejército que consume la mayor parte de los recursos de España y al que se prodigan oficialmente alabanzas de heroísmo mayores que la que merecieron los ejércitos más famosos de la Historia, resulta derrotado indefectiblemente en toda operación emprendida fuera del país. No se debe esto a la falta de valor de sus individuos. La culpabilidad verdadera de su eterno fracaso hay que atribuirle a la organización especial de este llamado ejército, que no es de España sino del rey.

Repito que el título de ejército no es exacto. Mejor le conviene el de gendarmería. Sus únicas victorias las puede conseguir en las calles de las ciudades donde amenaza con ametralladoras y cañones a muchedumbres que solo llevan cuando más una mala pistola en sus bolsillos.

España hace un año que no puede hablar. Vive dentro de Europa como una mujer secuestrada en el interior de un cuarto forrado de colchones que impiden oír sus gritos. El español no puede escribir porque los periódicos de su país, antes de imprimirse, pasan por la previa censura del Directorio militar. Leer un diario español es leer simplemente la literatura de Primo de Rivera, autor extravagante que sólo

inspira un interés festivo.

Hasta en las épocas de mayor reacción fue respetado el libro en España. Jamás existió en los tiempos modernos la censura para el volumen impreso. Un escritor podía emitir sus ideas con toda libertad. El Directorio de generales ha apelado a un recurso hipócrita para esclavizar igualmente la emisión del pensamiento por medio del libro. Pretextando la necesidad de impedir la difusión de cierta literatura inmoral existente en España —como existe en otros países— ha ordenado, bajo las más severas penas, a los dueños de las imprentas, que no entreguen a un autor la edición de su obra sin que antes presente éste una autorización sellada y firmada por los militares del Directorio o sus acólitos.

Para combatir la literatura inmoral bastaba con castigar a uno o dos editores sin escrúpulos, imponiéndoles una multa y una corta prisión. Esto lo saben todos en España. Pero lo que menos le importa al militarismo triunfante es la persecución del libro inmoral. Lo que desea es someter a esclavitud a los escritores españoles. No han dicho nada los actuales dominadores de España sobre plazos para autorizar la salida de las obras ni sobre garantías a los autores. El que escribe un tratado de matemáticas, de filosofía, o simplemente un libro de cocina, tiene que someterlo al capitán o coronel encargado de la censura. Este, pretextando sus muchas ocupaciones, puede tardar meses y meses en conceder su autorización, con lo cual el pensamiento queda sometido al capricho del censor y un libro que no convenga a los intereses del Directorio permanecerá indefinidamente sin publicarse.

En todo el siglo XIX, ningún pueblo de Europa occidental se vio en una situación semejante a la de España en los presentes momentos. Únicamente la Rusia de los Romanoff, en el período más absolutista de su historia, pudo ofrecer este espectáculo de generales crueles e iletrados o de generales parlanchines y grotescos, esclavizando espiritualmente a un país y ejerciendo la censura sobre su

pensamiento.

Confieso que al volver, hace pocos meses, de un viaje alrededor del mundo, quedé sorprendido viendo hasta donde había llegado la disparatada tiranía de un grupo de generales sobre mi patria. Todos estamos sujetos a la debilidad y la imperfección humana, y un sentimiento egoísta me hizo vacilar algún tiempo, antes de emprender esta lucha contra el militarismo español. ¡Llevaba yo una existencia tan dulce, dedicada al trabajo literario, lejos de las impurezas de la realidad!...

Pero un escritor no debe imitar al flautista que se recrea haciendo sonar su instrumento en las soledades. Yo soy un hombre de mi época y además soy español. Por azares de la suerte tal vez más que por los propios méritos, mi nombre es conocido en una gran parte de la tierra y cuento con numerosos lectores en todos los países. Llevo recibidas centenares de cartas de compatriotas míos residentes en Europa y en América, pidiéndome que hable, que emplee los medios difusivos de que puedo disponer, para que el mundo conozca la vergonzosa situación de España. He pasado noches enteras sin dormir:

—¿Tienes derecho, egoísta —me decía una voz interior— a permanecer impasible viendo la anormalidad en que vive tu país, como si fueses un hombre sin patria?... La mejor de las ficciones novelescas que puedas inventar permaneciendo tranquilo, no valdrá nunca lo que un grito de protesta, sincero y enérgico, ante la cruel situación de los tuyos.

Y a la mañana siguiente, presenciando la salida del sol en uno de los lugares más hermosos de la Costa Azul, en mi sonriente jardín de Mentón, frente a la planicie azul del Mediterráneo, rodeado de un ambiente favorable al trabajo y al ensueño, sentía el mismo remordimiento que si cometiese una acción reprochable.

Me ha sido imposible callar más. Cuando tantos españoles se

ven imposibilitados de hablar dentro de su país, yo debo hablar por ellos.

Y así va a ser. Mas ya que me decido a ser la voz de mis compatriotas, ocurra lo que ocurra, arrojando todas las consecuencias, debo decir la verdad; la verdad entera.

Me sería fácil limitar mis ataques a los generales del Directorio que hoy tiranizan a España. Es muy posible que, aparte de ellos, todo el resto del país, sin distinción de creencias políticas, encontrase mi actitud muy simpática. Mas mi ataque, en esta forma limitado, resultaría incompleto y hasta injusto.

Esos generales no son más que figurantes, unos de historia lúgubre, otros verbosos y en perpetuo matrimonio con el fracaso. Al restablecerse la legalidad constitucional, después de la muerte del Directorio, hasta habría podido volver a España con aires de triunfador...

Pero ya que me decido a hablar, después de larga reflexión, no debo mentir ni valerme de anfibologías y atenuaciones para desfigurar la realidad. Sí abandono mi dulce retiro es para decir las cosas tales como son, señalando al verdadero autor de los males que sufre España.

Recuerdo, al llegar aquí, las órdenes de combate que daban los antiguos almirantes a sus artilleros, en tiempos de la marina a vela:

—¡No tiréis a la arboladura! ¡Tirad al casco!

La arboladura en el presente caso son los generales de opereta o de drama policíaco que forman el Directorio. El casco es el rey.

Y yo, español, declaro desde el primer momento, por

patriotismo, por decoro nacional, que tiro contra Alfonso XIII.

II. El rey

Reconozco que el actual rey de España ha sido durante algunos años para la opinión internacional, un personaje simpático. Su juventud, su carácter decididor a estilo madrileño y una intrepidez alegre de subteniente, hicieron de él ese «personaje simpático» tan amado por el vulgo que le ves de lejos y sólo aprecia las exterioridades.

Pero ocurre con los «personajes simpáticos» que al transcurrir los años, su «simpatía» va resultando terrible. Persisten en ellos las condiciones propias de la adolescencia y éstas resultan inoportunas y peligrosas en la edad madura; sobre todo cuando se trata de hombres que desempeñan altísimos cargos y sobre los cuales pesan inmensas responsabilidades.

El Rey de España ha sido igual a esos niños prodigios que llaman la atención por sus facultades precoces mientras son pequeños. Luego, al convertirse en hombres, sin evolucionar oportunamente, resultan insufribles y peligrosos por su estacionamiento mental, y por la vanidad omnisciente que les infundieron los éxitos y adulaciones de su adolescencia.

Alfonso XIII es un Borbón español que tiene todas las malas condiciones de su bisabuelo Fernando VII. Para los historiadores de Napoleón, ha sido siempre un problema obscuro cómo, este hombre genial, de pensamiento clarividente, pudo emprender la desastrosa guerra de España. El mismo, en su retiro de Santa Elena, reconoció dicha empresa como el mayor error de su vida. Para mí el asunto resulta clarísimo. Es que tuvo que entenderse con los Borbones españoles y especialmente con el joven Fernando VII (tan simpático en su juventud como Alfonso XIII), el cual

con sus astucias, sus faltas a la palabra, sus malicias y deslealtades, era capaz de desorientar y perturbar al cerebro más poderoso.

El bisabuelo de Alfonso XIII, al mismo tiempo que pedía casi de rodillas a Napoleón que le permitiera casarse con una mujer de su familia, cediéndole espontáneamente la corona de España, se presentaba a los españoles como un triste prisionero del emperador francés. Se comprende el engaño de Napoleón. Juzgando al pueblo español por los reyes miserables que venía tolerando, lo creyó un pueblo envilecido y cobarde y se lanzó a una invasión fatal para él. Igual equivocación sufriría ahora el que juzgase al pueblo español actual por la persona del rey que aguanta.

Fernando VII jamás en su larga historia tuvo una palabra mala ni una obra buena. Sin embargo, muchos de sus contemporáneos le admiraron en su juventud como monarca simpático que sabía decir frases chistosas. Cuando consiguió que Luis XVIII enviase a los llamados Cien mil hijos de San Luis para batir a los liberales españoles y reponerle en su trono de monarca absoluto, agradeció tal apoyo restableciendo la Inquisición y fusilando a un sin número de liberales que se habían rendido fiados en la presencia de las tropas francesas.

Ni aún para los mismos partidarios de su absolutismo tuvo Fernando VII amistad ni lealtad. Se consideraba más allá de los amigos y los enemigos. Reía igualmente de unos y de otros. En España solamente debía existir el rey; los demás eran un mísero rebaño. Azuzaba a los absolutistas contra los liberales y, al vencer éstos, les pedía el exterminio de las mismas gentes que él había incitado a sublevarse

Los españoles clarividentes, lo apodaron, a causa de su nariz borbónica y su rostro carrilludo, «Narizotas, cara de pastel». Este Tiberio conocía el apodo que le daban los liberales llamados «negros» y los absolutistas descontentos de su falta de lealtad que se titulaban «blancos». Y algunos de sus

íntimos contaron que cuando estaba a solas en su palacio, tomaba una guitarra para canturrear la siguiente canción:

*Este narizotas, cara de pastel
a blancos y negros, los ha de j...*

Efectivamente, durante el reinado de Fernando VII, murieron innumerables «blancos» y «negros» por sus diabólicas combinaciones para destruir a unos y a otros.

Repito que este Borbón fue en su juventud tan simpático y chistoso como su biznieto Alfonso XIII. Por esto su recuerdo ha resucitado en España durante los últimos años, comparándose la conducta del rey presente con la de su bisabuelo.

—Es igual a Fernando VII —dicen muchos que le han estudiado de cerca y hasta fueron sus ministros.

—Algo más —repuso uno de los personajes más eminentes de la política de la derecha en España— Es Fernando VII y pico.

Para hablar de Alfonso XIII es preciso traer a colación a Guillermo II. Del mismo modo que en el teatro existe la contrafigura que pasa por el fondo del escenario, imitando al protagonista de la obra, que se halla en primer término, Alfonso XIII ha sido siempre un imitador, un reflejo del Kaiser.

Existe en Cataluña un fabricante de champagne español, llamado Codorniu, y aunque su vino no es malo, los burlones ríen de él al compararlo con el champagne legítimo, haciendo de dicho vino un símbolo de todo lo que es imitación más o menos grotesca. Por ejemplo, de un mediocre poeta dicen que es Víctor Hugo Codorniu, de un general malo Napoleón Codorniu, etcétera. A Alfonso XIII le llamaban en los años anteriores a la guerra el Káiser Codorniu.

El emperador viejo y el rey joven se detestaban cordialmente como dos cómicos de edad diferente e historia

diversa que pretenden desempeñar el mismo papel. Pero los dos eran idénticos; el mismo afán de cabotínage, la misma ansia de llamar la atención, de intervenir en todo, de dirigirlo todo, de pronunciar discursos, de creerse aptos para todas las manifestaciones más brillantes de la vida.

Iguales aficiones a la mascarada, Alfonso XIII se viste a las dos de la tarde de almirante, a las tres de Húsar de la Muerte, a las cuatro de lancero. No hay hora del día que no aparezca con un uniforme distinto. Y además de los trajes militares, se cubre con unas vestiduras de clown para jugar al polo, ridículas hasta el punto de que en cierta época tuvieron que prohibir a los periódicos ilustrados de Madrid que reprodujesen las fotografías de Su Majestad, en estos trajes deportivos de su invención, para que no riesen las gentes.

Es indiscutible que Alfonso XIII ha odiado siempre a Guillermo II. Por la ley física que obliga a repelerse a dos nubes de la misma electricidad, histriones reales que se detestan siempre de un modo irresistible.

Guillermo II no prestó nunca un apoyo franco al ensueño de ciertos allegados y consejeros de Alfonso XIII, consistente en matar la República de Portugal y crear un Imperio Ibérico para que el biznieto de Fernando VII pudiera darse aires de emperador. Por su parte, el rey de España hizo todo cuanto pudo para molestar a su maestro imperial, hasta el día en que estalló la guerra.

Alfonso XIII es hijo de una austríaca y aunque en los tiempos de su adolescencia se mostró como un colegial travieso que desobedece las órdenes de mamá, al transcurrir los años ha recobrado la madre sobre él un poderío enorme y con ella toda su corte de archiduques arruinados y de superiores de órdenes religiosas.

Además, si Alfonso XIII aborreció la persona de Guillermo II, admiró siempre sus ideas políticas, su tendencia al absolutismo. La mejor demostración la ha dado

recientemente al matar en España el régimen constitucional y favorecer el triunfo de la dictadura militar.

Hábil comediante, como su bisabuelo Fernando VII, que engañó a Napoleón, engañó a Luis XVIII y engañó hasta a sus más fervorosos amigos, Alfonso XIII se dedicó durante los cinco años de la guerra europea a mentir a los beligerantes, haciendo creer a cada uno de ellos que se hallaba a su lado. Pero bien claramente se vio de qué parte estaban sus simpatías.

Alfonso XIII fue germanófilo, como su madre y toda su corte. Y no solamente fue germanófilo sino que se permitió con Francia las ironías más crueles. El, que ha sido siempre el verdadero dueño de España y no ha hecho más que su voluntad, se fingió una víctima, rodeado de enemigos y peligros a causa de su amor a Francia, y dijo en cierta ocasión:

—En España los únicos francófilos somos yo y la canalla. ¡Y pensar que ha habido numerosos tontos en Francia que han repetido y celebrado esta ironía cruel! «LA CANALLA» éramos nosotros, los escritores, los profesores de Universidad, los artistas, todos los españoles intelectuales que estuvimos al lado de los aliados desde el primer momento. Sin duda, para el biznieto de Fernando VII las únicas gentes distinguidas eran la aristocracia ignorante y devota, el populacho campesino, reaccionario y feroz, que aplaudían los crímenes de la invasión alemana en Francia y los torpedeamientos de los submarinos.

Yo no conozco personalmente a Alfonso XIII. Nunca he querido dejarme presentar a él. Pero le sigo desde hace años con el interés del novelista que estudia un documento humano, y lo conozco mejor que muchos de los que lo han visto de cerca.

Una de las razones por que me negué siempre a verle fue porque adivinaba que tarde o temprano tendría que escribir contra él, diciendo la verdad. ¡Lo que he sufrido durante la

guerra, no pudiendo hablar libremente para advertir a los aliados quien era este hombre que se declaraba partidario de ellos en unión con «LA CANALLA»!... Pero en aquél momento decir la verdad equivalía a un escándalo sin resultado, que sólo podía alegrar a los alemanes. Además, los diversos gobernantes franceses sabían tanto como yo qué clase de amigo de Francia es Alfonso XIII ¡Si pudieran revelarse ciertas notas y documentos secretos que existen en los archivos de París!...

Pero al fin ha llegado la oportunidad de hablar de lo que es público, aunque lo ignoran la mayoría de las gentes, de exponer la verdad para que este personaje de carácter complicado y tortuoso ocupe el lugar histórico que le corresponde.

Ya he dicho que estos Borbones españoles fueron siempre astutos y con cierto talento diabólico para sortear las complicaciones de la vida, haciendo al mismo tiempo su voluntad. Las resoluciones más extremas y violentas las revisten hipócritamente de una forma paternal. Fernando VII, fusilador de liberales, ordenó estos suplicios por el bien de la patria, de tal modo que las muchedumbres imbéciles lo consideraban un padre.

Alfonso XIII ama el despotismo, pero procura atacar las libertades públicas como si le obligasen a ello los que le rodean, para después, en caso de un fracaso, dejar que castiguen a los otros y declararse inocente. No creyó hasta el último momento en el triunfo de los aliados, pero como era vecino de Francia no quiso tampoco mostrarse enemigo de ellos.

Para favorecer la política germanófila buscó antes una coartada, y ésta fue la oficina que montó en su Palacio para el canje de prisioneros. Unas mesas y unos cuantos empleados le sirvieron para darse aires de rey providencial y benéfico, haciendo en pequeño y con enormes anuncios lo que hicieron con menos ruido y más intensamente la Cruz

Roja y otras sociedades benéficas de Suiza.

Mas en fin, si se hubiere limitado a esto, merecería elogios, aunque no tan exagerados como los que le tributaron sus aduladores. Gracias a su intervención hubo prisioneros franceses y belgas que regresaron a sus casas, como también los hubo alemanes y austriacos que volvieron a las suyas. Pero al mismo tiempo que el rey de España se preocupaba en público de tales canjes, favorecía del modo más descarado e insistente las operaciones navales alemanas en las costas de España.

Durante tres años los submarinos germánicos se avituallaron en los puertos españoles, del modo más cínico. En la desembocadura del Ebro, junio a Tortosa, ciertos puertos antiguos y abandonados que solo sirven de refugio a barcos pescadores, fueron empleados como lugar de descanso por los submarinos de Alemania. Un personaje alemán, el Barón de Rolland, actuaba en Barcelona con el mayor descaro de proveedor de esencia para estos buques. Además tenía a sus órdenes una partida de malhechores para aterrorizar a los que denunciasen sus manejos. Un comisario de policía llamado Bravo Portillo, que después fue asesinado en Barcelona, se valía de su empleo oficial para averiguar la salida de los vapores aliados y denunciarla al tal barón. Este a su vez daba aviso a los submarinos por medio de varias instalaciones de telégrafo sin hilos que funcionaban con entera libertad.

Alfonso XIII se ocupó aparentemente en canjear franceses e ingleses por alemanes y austriacos, pero estos prisioneros eran seres vivos. Lo terrible es que al mismo tiempo produjo centenares de muertos, dejando actuar con toda libertad a los submarinos alemanes. Rara fue la semana en que no torpedearon éstos, dentro de las aguas españolas, alguna vez a la vista de la gente agolpada en la costa, buques franceses e ingleses, dedicados al comercio, y hasta vapores correos que iban a Argelia o venían de ella.

Buscaban los buques el amparo de las costas de España, fiados en las palabras de la monarquía española, creyendo que su rey defendería la neutralidad de sus aguas, y precisamente al hacer esto se lanzaban en pleno peligro, pues los submarinos tenían sus bases en los puertos pequeños de la costa y contaban con numerosos agentes en las principales ciudades del litoral, los cuales trabajaban tolerados por el gobierno y ayudados por bajos personajes de la policía.

Una vez se dio el caso de que los viajeros del tren correo entre Valencia y Barcelona, cuya vía se desarrolla a lo largo de la costa, pudieron contemplar desde sus vagones, en las primeras horas de la tarde, cómo un submarino alemán atacaba a un vapor aliado cerca de la orilla, a la vista de todos.

El dulce y poético Mediterráneo arrojaba todas las semanas a sus playas numerosos cadáveres, y pedazos de buques rotos por la explosión de los torpedos. Yo tengo a orillas del mar, cerca de Valencia, una casa llamada Malvarrosa. Mientras estuve en París los cinco años de la guerra haciendo propaganda en favor de los aliados, mis amigos me escribieron repetidas veces dándome cuenta de los terribles hallazgos con que les sorprendía el mar algunas mañanas. Sobre la arena de la playa, junto a la escalinata de mi casa, aparecieron repetidas veces cadáveres hinchados por una larga permanencia en el mar; pobres cuerpos desfigurados por las mordeduras de los peces o la violencia de la explosión, mujeres y niños que venían como pasajeros en buques procedentes de Argelia; tripulantes de vapores aliados que transportaban artículos de comercio o primeras materias para la guerra. Todos habían ido hacia la muerte, fiando en la neutralidad, ya que no en la lealtad de un rey que se titulaba francófilo en compañía de «la canalla».

Al mismo tiempo, los fabricantes españoles que elaboraban materia de guerra para los aliados, tenían que desafiar los mayores peligros. Fué en Barcelona donde los industriales

españoles trabajaron más para el ejército francés; unos produciendo piezas sueltas de armamento, otros calzados, tejidos, etc. Los alemanes, para asustar a los fabricantes de Cataluña que trabajaban para Francia, organizaron otra partida de bandidos encargada de arrojar bombas en las fábricas y asesinar a sus dueños si era posible. Esto parece de una novela de Ponson du Terrail y sin embargo no puede ser más exacto.

La tal banda era mandada por un titulado barón de Koenig. Hay que decir que así como el barón de Rolland, encargado del avituallamiento de los submarinos, fue un personaje auténtico, este barón de Koenig era un antiguo camarero de hotel, un tipo rocambolesco que había hecho su carrera a fuerza de asesinatos. La banda del barón de Koenig cometió sus crímenes atribuyéndolos a los anarquistas o terroristas. Así mató al fabricante Sr. Barret, profesor de la Universidad catalana, que era entusiasta de los aliados y dedicó sus talleres a la fabricación para las tropas francesas. Y si no mataron a más industriales aliadófilos fue porque éstos tomaron grandes precauciones.

El comisario de policía Bravo Portillo actuaba de acuerdo con el titulado barón de Koenig, lo que proporcionaba a éste una completa impunidad. Además dicho policía le facilitaba toda clase de informes. Al terminar la guerra, viéndose sin ocupación el facineroso alemán, se ofreció con toda su banda a los industriales conservadores y de carácter agresivo, para matar obreros fomentadores de huelgas, empezando desde tal momento el período de asesinatos y represalias entre un bando y otro, que aún dura en la actualidad aunque amortiguado, y que por desgracia, tal vez volverá a reproducirse. (Pero esta «es otra historia» como dicen en los cuentos orientales. Volvamos al rey).

Jamás hizo nada Alfonso XIII por impedir las hazañas de los alemanes, terrestres y marítimas, dentro de su reino. Como una excusa previsoramente inventó la frase de que en España no había más francófilos que él y la canalla, queriendo hacer

ver con ello que no era rey más que de nombre, que no tenía ningún poder, y en España todos eran germanófilos y le atropellaban a él, pobrecito francófilo

¡Mentira! Para desgracia de España, él ha hecho siempre lo que ha querido. Ultimamente consideró que era de su conveniencia matar la Constitución, suprimir todas las manifestaciones de una política moderna, volver el país a los tiempos del absolutismo, gobernar como los Zares antes de la primera Duma, y apelando a sus generales cortesanos lo hizo con toda decisión.

Si hubiese querido intervenir en favor de los aliados o simplemente guardar una neutralidad honrada, lo hubiera podido hacer en 1914 sin ningún obstáculo y hasta con aplauso de una gran parte del país, pues nosotros, «la canalla francófila», éramos muchos. Precisamente en aquel tiempo aún no había desarrollado él sus terribles pedanterías militares en Marruecos y guardaba cierto prestigio de mozo atolondrado pero «simpático». Afirmo que no habría encontrado obstáculo alguno. Mas dejó hacer a sabiendas a los alemanes todo lo que quisieron dentro de España, y lo que es de mayor gravedad, impidió que sus ministros tomaran ninguna iniciativa contra la insolencia germánica.

En 1918 se formó en España un Ministerio llamado nacional en el que figuraban personajes de distintos partidos políticos. El Sr. Dato, ministro de Estado, recibió de sus compañeros el encargo de presentar una nota al Gobierno alemán, protestando del descaro con que los submarinos germánicos utilizaban los puertos de España y sus agresiones en aguas nacionales, que destruyeron muchas veces a buques que llevaban en su popa la bandera española. Esta nota sirvió para desenmascarar al rey, dejando asombrados a sus ministros ante la inaudita duplicidad de su conducta.

Era embajador en Berlín un Sr. Polo de Bernabé, gran admirador del káiser, que sentía temblar sus entrañas de emoción al verse recibido con familiaridad, él y su esposa,

por el emperador y la emperatriz. Este embajador se guardó la nota del Gobierno y no quiso presentarla. Cuando el Sr. Dato indignado por tal silencio le repitió desde Madrid la orden para que presentase la nota, este embajador le contestó la respuesta más fantástica que se conoce en la historia de la diplomacia.

—La nota es muy fuerte —dijo— y no quiero presentarla al emperador. Sería darle un disgusto y... ¡es tan excelente persona!

El Gobierno, aunque presintió desde el primer momento que la personalidad de Alfonso XIII debía andar mezclada en el asunto, pues de otro modo no era comprensible la insubordinación del embajador, dio un decreto relevando al Sr. Polo de Bernabé de su Embajada por desobediencia a sus superiores y llevó el citado decreto a la firma del rey.

Alfonso XIII se negó a firmar y casi dio una respuesta semejante a la del embajador. El apreciaba mucho a su representante en Berlín y no podía darle el disgusto de firmar su destitución.

En resumen: que el rey, a pesar de ser un monarca constitucional, consideraba a sus embajadores y ministros plenipotenciarios como representantes diplomáticos de su persona y no de la nación española. Se entendía con ellos directamente a espaldas de sus ministros responsables y lo mismo hacía con los generales, despreciando la mediación constitucional del ministro de la Guerra. En realidad, no hizo nunca ni más ni menos que su viejo y detestado maestro Guillermo II.

Otro detalle: durante el curso de la guerra, Alfonso XIII, que desea aparecer como una gran capacidad militar (¡siempre Guillermo II!), hablaba frecuentemente con el agregado militar de la Embajada francesa en Madrid para enterarse de la marcha de las operaciones y, después, con el agregado militar de la Embajada alemana. Los franceses habían

conseguido descubrir la clave secreta usada por la Embajada alemana de Madrid, leyendo gracias a ella los despachos que enviaba por telegrafía sin hilos a Berlín. Gracias a la posesión de dicha clave, pudieron descubrir la existencia y traiciones de la bailarina espía Mata Hari que acabó siendo fusilada en París.

Pronto notaron los franceses que el agregado alemán en Madrid comunicaba a su Gobierno muchas cosas de un carácter extremadamente confidencial, que el agregado francés había contado a Alfonso XIII. Para poner a prueba a éste, le comunicó dicho agregado algunas mentiras atribuyéndolas a su Gobierno, y, efectivamente, horas después, la Embajada alemana en Madrid transmitía tales noticias falsas a Berlín.

Inútil es decir que los franceses no quisieron hacer más confianzas a Alfonso XIII.

No tengo empeño en mostrar esto como un espionaje interesado, como una deslealtad voluntaria a una nación que él llamaba amiga; pero supone por lo menos una abominable ligereza de carácter, una absoluta falta de seriedad, una tendencia a tratar los graves asuntos de Estado lo mismo que una conversación en la *Potiniér* de Deauville.

Mientras duró la guerra, los agentes alemanes con sus bandas de asesinos y contrabandistas proveedores de esencia, intentaron aterrar a los partidarios de los aliados —lo que no consiguieron— y avituallaron públicamente a los submarinos, lo que fue causa de muchas matanzas. Hasta se dio el caso, junto á la entrada del puerto de Valencia, de que unos alemanes hiciesen instalaciones flotantes en el mar con pretexto de que eran aparatos de ensayo para estudio y explotación de la fuerza de las olas. A estos espías disfrazados de sabios se les ocurrió tal invento en plena guerra y no encontraron en todos los mares del planeta lugar más apropiado que el pacífico golfo de Valencia, en mitad del camino entre Marsella y Argel.

Para examinar sus aparatos situados a pocas millas de la costa, se embarcaban a todas horas en botes automóviles de su propiedad. Inútil es decir que estos aparatos eran simplemente boyas llenas de esencia; depósitos que surtían a los submarinos. La gente protestó muchas veces de los tales sabios y su misterioso invento. ¡Voces perdidas en una soledad absoluta! Nadie podía oírlas cuando todos en España estaban convencidos de que el rey era alemán. Nosotros, los francófilos, no creíamos un solo instante en sus palabras. ¿Cómo podíamos creerle si jamás vimos en él un verdadero acto a favor de Francia y sus aliados? En cambio, por todas partes encontrábamos la complicidad proalemana.

El, como Primo de Rivera y tantos otros ignorantes con entorchados de general solo fueron aliadófilos cuando se convencieron, al fin, todos ellos del inmediato triunfo de los aliados.

Yo, que en Agosto de 1914 solo me vi unido a una docena de amigos españoles como sostenedor de la causa francesa, y en 1915, al ir a España por primera vez en plena guerra, casi fui asesinado en Barcelona por las bandas de facinerosos que sostenían allí los alemanes, y además me vi «invitado» por la autoridad, con una solicitud algo sospechosa, a salir cuanto antes de mi patria porque había vuelto a ella para hablar a favor de una honrada neutralidad, río ahora con una risa de desprecio cuando leo que Alfonso XIII afirma que fue amigo de los aliados y cuando Primo Rivera, dice lo mismo.

No sé lo que haya podido ser Primo Rivera en los primeros años de la guerra. Ni dijo nada ni hizo nada. Sí fue francófilo —según él afirma— debió ser en los últimos tiempos, cuando todos se apresuraron a serlo, porque veían próxima la victoria de los aliados.

Perdió una hermosa ocasión para él y para muchos de sus compañeros permaneciendo mudo en los primeros tiempos de la guerra. Hubiera prestado un verdadero servicio al

generalato español hablando entonces.

De los muchos centenares de generales que existen en España, solo unos pocos, que no conozco personalmente, pero que a juzgar por sus escritos son militares de ciertos estudios, mostraron un criterio independiente y claro interpretando las operaciones de la guerra. Los demás fueron simplemente despreciables.

Guardo unas declaraciones que hicieron al principio de la guerra, comentando la batalla del Marne, algunos generales españoles de los más bullangueros, los cuales si no forman parte del actual Directorio, deben medrar cuando menos a la sombra de él.

Lamento que no viva en nuestra época el gran Flaubert. Hubiese llorado de emoción al entregarle yo este documento para que lo hiciese figurar en la grande obra que preparaba en sus últimos años el «Diccionario de la Estupidez Humana».

III. Cómo el rey preparó el golpe de estado

Mientras Alfonso XIII fue joven, cifró los éxitos de su vida en ser un automovilista vertiginoso, un buen tirador de pichón, un jugador de polo, etc. Resultaba el primero en toda clase de deportes, lo que nada tiene de extraordinario pues bien sabido es que los reyes siempre son los primeros, cuando viven rodeados de sus cortesanos.

Educado para rey y con una mentalidad puramente sensual, creyó que su paso por el mundo debía ir acompañado de toda clase de placeres materiales y satisfacciones de la vanidad. Esto, tampoco lo considero extraordinario, pues muchos sin ser reyes piensan lo mismo. Los elogios de sus allegados y una fe orgullosa en su propio valer, le hicieron creerse el primero en todo. Alfonso XIII no se limita a ser rey. Es, además, el primer soldado de España, el primer agricultor, el primer marino, el primer... (aquí ponga el lector lo que le parezca). Solo le ha faltado pintar cuadros o escribir libretos de ópera como su maestro Guillermo, «el del brazo corto». Pero todo llegará con el tiempo.

Por lo pronto, este joven «simpático» que en los banquetes se limitaba a contar cuentos graciosos o decir chistes chulescos, se ha metido a orador y pronuncia casi tantos discursos como Primo de Rivera.

Se lanza intrépidamente a la oratoria, como un nadador se arroja de cabeza en un mar de olas encrespadas superiores al vigor de sus brazos, lo que hace que éstas se lo lleven de un lado a otro, a merced de sus agitaciones caprichosas. En vez de mandar a las palabras, son las palabras las que tiran de él y le hacen decir cosas que le conviene callar,

comprometiéndole con toda clase de indiscreciones. Prueba de ello el discurso de Córdoba y otros de los que hablaré más adelante.

Al crecer en edad y sentirse capaz de pronunciar discursos en público con un tono y una voz que según dicen sus oyentes tienen algo de monjil, este joven que era simpático como un subteniente alegre, ha acabado por creer en su genio de hombre de Estado considerándose superior a todos los políticos servidores de la monarquía.

España, según Alfonso XIII, era desgraciada porque el régimen constitucional le tenía a él encadenado, lo mismo que a los reyes de Inglaterra, de Italia y otros países europeos, indudablemente inferiores a su persona. ¡Que le dejasen gobernar solo, como su bisabuelo Fernando VII, y entonces se vería con qué facilidad cambiaba la historia de la nación, haciéndola entrar en un período de grandezas y prosperidades!... Dicho prodigio podría, realizarlo gracias al ejército que debe ser del rey más que de la nación.

A cada momento, este portador de uniformes dice: "Yo que soy un soldado" o "Nosotros los soldados".

Una vez, al repetir en pleno Consejo de Ministros: "Nosotros los soldados", uno de aquellos, le contestó que él era un rey y no un soldado.

—Y un rey —continuó diciendo el ministro— debe mantenerse por encima de los militares y de los civiles, para en caso de conflicto tener ambos, poder guardar su imparcialidad.

Este soldado de innumerables uniformes, que además sugiere planes estratégicos a sus generales en Marruecos, —planes que tienen siempre como final horribles matanzas y fracasos irreparables—, es un soldado que se mantiene tenazmente lejos de la guerra. Pero la imparcialidad me obliga a añadir que tanto los generales como los cortesanos le aconsejan

dicho alejamiento, no solo por espíritu adulator, sino, también porque tienen miedo a su orgullo omnisciente, a su megalomanía, a su facilidad para creer que lo sabe todo y puede aconsejarlo todo.

Hablando, lejos de España, con un amigo de Alfonso XIII, manifesté mi extrañeza de que "el primer soldado español" no fuese nunca a la guerra, a pesar de que ésta dura en Marruecos muchos años.

—¡Ah, no! que no vaya —dijo asustado el cortesano—; lo embrollaría todo y las operaciones marcharían aún peor que en el presente.

Además del vanidoso deseo político de ser rey absoluto y gobernar la nación a su antojo, este hombre ha sentido una necesidad particular de suprimir el régimen constitucional, gobernando por sí mismo, sin la colaboración de ministros.

Alfonso XIII se considera pobre. Cobra todos los años una lista civil respetable, superior indudablemente a la vida económica de España, pero esto no basta para los gastos de su lujo y el de su familia, cada vez más grandes. Su madre, la reina regente, consiguió reunir una fortuna enorme durante el período de su gobierno. Debo añadir inmediatamente que esta fortuna fue de legítimo origen, consistiendo simplemente en un ahorro tenaz y austero de los millones que le entregaba la nación. La madre de Alfonso XIII vivió durante la menor edad de éste con gran modestia, sometiendo el presupuesto interior del palacio real a una estricta economía, como una simple burguesa que hace ahorros en los gastos de su casa. La única preocupación de dicha señora fue impedir que se derrumbase la monarquía, después de las derrotas en Cuba y Filipinas, y educar a Alfonso XIII, fortaleciendo su salud de hijo de moribundo engendrado en las últimas semanas de la vida de su padre.

Según cuentan las gentes de la Corte española, y es bien sabido en Madrid, la reina madre siempre tuvo miedo a un

destronamiento de la familia y creyó, en cambio, inmortal al Imperio Austríaco, por cuyo motivo confió una parte de sus millones a un archiduque tío suyo. Este guardó dichos millones como un administrador de confianza, pero al morir, hace pocos años, no tuvo la precaución de marcar previsoramente en su testamento qué bienes eran suyos y cuales otros pertenecían a su sobrina Doña Cristina, y ésta se vio en una situación difícilísima para recobrar las enormes cantidades de dinero que había ahorrado.

Los herederos del archiduque, todos ellos parientes de la reina madre, se opusieron a entregarle lo que era suyo, y al fin hubo un arreglo amistoso; pero dicha señora solo pudo recobrar, según parece, una fracción mínima. El resto de sus economías lo arriesgó en negocios austríacos y alemanes que hicieron bancarrota después de la guerra.

Don Alfonso, que se titula "rey moderno" y no espera heredar mucho de su madre, solo ansia una cosa: acumular dinero. Gasta considerablemente más de lo que le proporciona la lista civil, y como por otra parte no tiene la seguridad completa de que continuará siendo rey hasta su muerte, apela a los negocios para juntar una fortuna rápidamente. Por esto ha arriesgado muchas veces el prestigio de la monarquía comprometiéndose, con la ligereza propia de su carácter, en todos los negocios que le proponen. Pero deben ser negocios en los que no arriesgue ningún dinero, aportando solamente a ellos su influencia personal.

Algunos periódicos han hablado de acciones liberadas que le entregó la fábrica de automóviles la Hispano-Suiza, establecida en Barcelona, y que tiene depositadas a nombre de uno de sus cortesanos. También han hablado de acciones de la compañía de navegación llamada Trasmediterránea y de miles de acciones del Metropolitano de Madrid, cuya concesión se otorgó ilegalmente, pues otra empresa había solicitado antes ejecutar dichas obras. Pero al rey, le convino apoyar a la actual empresa del Metropolitano de Madrid, e impuso su voluntad al alcalde de la capital en aquella época.

Todo el mundo sabe la estrecha amistad del rey de España con el belga M. Marquet, personaje cuyo único título importante es ser dueño de la ruleta y el treinta y cuarenta en el Casino de San Sebastián.

Alfonso XIII ha buscado hacerse amigo de los grandes multimillonarios de los Estados Unidos, y cuando llega a San Sebastián o Santander el yate de cualquiera de ellos, hace mayores extremos de sumisión y admiración que si fuese la galera del Papa, pero hasta el presente no ha podido conocer otros hombres de negocios que M. Marquet, dueño de la ruleta de San Sebastián, M. Cornuché, dueño de los juegos en Deauville, y un Sr. Pedraza del que hablaré más adelante.

Tal es la amistad de Alfonso XIII con M. Marquet, que hace unos cuantos años empezaron a decir las gentes que Alfonso XIII iba a darle un título nobiliario, nombrándole Barón, unos decían que del "Pleno" otros del "No va más" y otros del "Negro y Encarnado". Pero fueron tales los comentarios de los belgas al enterarse de este honor presunto de su compatriota, que el rey y el agraciado tuvieron que desistir de tal proyecto.

Como el Casino de San Sebastián solo funciona en verano, M. Marquet que piensa indudablemente con envidia en la continuidad anual del Casino de Montecarlo, quiso inventar algo para sejuir explotando a los españoles durante el invierno, y fundó en el centro de Madrid el llamado «Palacio de Hielo» en cuyo piso inferior se patina y cuyos pisos superiores están destinados al treinta y cuarenta y otras amenidades. Los reyes de España asistieron a la inauguración de esta casa de juego polar, instalada en el corazón de su capital. M. Marquet, como dueño del establecimiento, tuvo el honor de entrar a la reina de España, dándola el brazo, para mostrarle todas las suntuosidades del edificio.

Últimamente Alfonso XIII ha formado una cuadra de caballos de carrera y se dedica a hacerlos correr, especialmente en

San Sebastián. La gente aristocrática, bien enterada de esto, murmura que Don Alfonso no tiene dinero para sostener la caballeriza y sospecha que ésta pertenece en realidad a M. Marquet El caballo Ruban es la bestia más importante de dicha cuadra. Cuando corre en las carreras de San Sebastián gana siempre. Esto no lo considero extraordinario. La pista de San Sebastián es tierra española y por lo mismo pertenece a Alfonso XIII, que puede hacer de ella lo que quiera.

Los que apuestan contra Ruban y pierden el dinero, gritan siempre, como reos de lesa majestad, afirmando que les han robado, pero yo no puedo creer en sus afirmaciones irreverentes. Es verdad que Ruban al correr en Bélgica llega siempre el quinto o el sexto. Pero esto solo significa que, como su amo es español, corre mejor dentro de casa, en terreno bien preparado.

El otro hombre de negocios de Alfonso XIII es M. Cornuché, que organizó como una apoteosis su viaje a Deauville hace tres años.

Hay que recordar como fue este viaje. Las tropas españolas habían sufrido meses antes una de las derrotas más inauditas que se conocen en la historia de las guerras coloniales. Unicamente la del general italiano Barattieri en Abisinia puede compararse con ella. Mil quinientos españoles estaban prisioneros de los marroquíes de Abd-el-Krim. Hay que saber lo que significa ser prisionero de los rifeños. Para muchos hombres es peor esto que caer en manos de una tribu de antropófagos de la Oceanía. Resulta preferible la muerte a sufrir los ultrajes y vilipendios que infligen a los prisioneros europeos estos bárbaros que han heredado las corrupciones antinaturales de lejanos siglos.

En dicho período yo me sentía triste a todas horas al pensar que muchos centenares de compatriotas míos estaban en el peor de los cautiverios, sufriendo toda clase de penalidades, escaseces y atropellos. Y fue en este momento cuando el rey de España, aceptando una invitación de Cornuché, marchó

a Deauville para que apreciaran su hermosura graciosa en la Potinière y en el Casino, oyéndose llamar «simpático» por un sinnúmero de damas pintarrajeadas que formaban su cortejo admirativo.

No quiero creer que Alfonso XIII al realizar tal viaje tuviese en su memoria a los españoles prisioneros. Le hago el favor de pensar que se había olvidado de ellos y si obró de un modo tan monstruoso fue con la inconsciencia propia de su carácter frívolo. Pero de todos modos, el espectáculo resultó tan inaudito que muchos periódicos de diversos países censuraron al rey de España, y los cancioneros de Montmartre le hicieron objeto de sus sátiras, teniendo que intervenir oficiosamente el Embajador español en París para que no se hablase más de Alfonso XIII, héroe de la Potinière de Deauville, en canciones y revistas.

El heredero de Fernando VII le tomó gusto a visitar los dominios de M. Cornuché. Este explota, en verano, Deauville y, en invierno, Cannes. Empezó a anunciarse para el invierno siguiente la visita a Cannes del rey de España. El pretexto del viaje era una visita a los Borbones destronados de Nápoles, o sea a los duques de Caserta, que viven retirados en Cannes. Pero en realidad la visita estaba destinada a Cornuché, que empezó a hacer gastos para comodidad y boato de su rey "anuncio" el cual iba a dar prestigio con su presencia a los juegos de Cannes, estableciendo una rivalidad con los de Montecarlo.

Pero en España hubo un movimiento de indignación, tal vez más en las clases superiores que en las inferiores, que ignoran lo que es Deauville y lo que es Cannes. Hasta en la Cámara de Diputados hablaron las oposiciones del próximo viaje del rey al Casino de Cornuché en la Costa Azul, y aquél tuvo que desistir.

Tal vez murmuró entonces como su abuela, la sentimental Isabel II, cuando en plena ancianidad la separaron de su último secretario:

—¡Qué oficio el de rey! ¡Siempre le contrarían a uno en sus gustos y placeres!...

En los últimos años, creyó Don Alfonso haber encontrado el hombre de negocios que necesita para hacerse rico. Es éste un Sr. Pedraza, español que ha rodado mucho por los Estados Unidos y la América del Sur; hombre listo, inteligente, y al cual por su historia llena de altibajos dan algunos el título de aventurero.

Creo que si se atreven a llamarle así es porque el Sr. Pedraza ha sido llevado algunas veces a la cárcel por asuntos comerciales, no sé si con razón o sin ella.

Con este señor entabló Alfonso XIII una íntima amistad. Fue, y no sé si es todavía su gran agente de negocios.

Como el rey de España tiene un carácter ligero y, este Sr. Pedraza parece ser un fantaseador de gran verbosidad que habla de sus amistades con los multimillonarios del Wall Street y de la City, el rey lo aceptó como una especie de Morgan o de Rockefeller que iba a enriquecerle en unos cuantos meses, a costa de España.

El Sr. Pedraza, que estuvo en la cárcel de Barcelona por asuntos comerciales, ha enseñado telegramas y cartas firmadas Alfonso R. (Alfonso, Rey), que es como éste firma.

Los planes financieros de Pedraza fueron brillantes vaguedades sin nada determinado, en los que se mezclan la verdad y la mentira, y cuyo único resultado cierto habría sido lanzar en el mundo centenares de millones de valores, representando su emisión cincuenta o cien millones de dinero positivo para los autores del negocio, o sean el rey y su agente.

Este Sr. Pedraza prometió el auxilio de un grupo de financieros e industriales, ingleses y americanos, que llevarían a España miles de millones para colocarlos en

negocios, pero con unas garantías que equivalían a un monopolio sobre todos los recursos nacionales. Para endulzar la terrible operación, prometió construir el ferrocarril directo de Madrid a Valencia y otro desde la frontera francesa a Algeciras.

Los banqueros españoles se escandalizaron ante una operación que tenía por objeto apoderarse de todos los negocios de España. El regio socio de Pedraza iba a vender la nación por varios millones recibidos de golpe. La prensa financiera combatió igualmente los planes de Pedraza.

Afortunadamente, ocupaba en aquél entonces el Ministerio de Hacienda el Sr. Pedregal, antiguo republicano pasado a la monarquía, pero hombre íntegro que guarda en su conducta la austeridad de su origen democrático. El señor Pedregal se opuso enérgicamente, y los capitalistas que estaban detrás de Pedraza tuvieron que retirarse, dejando en manos de éste, según han dicho algunos, cien mil libras de comisión que había recibido anticipadamente. Pero esto es cosa insegura, como también es inseguro saber a qué manos fueron a parar las cien mil libras, caso de que existiesen.

Lo cierto es que, desde el fracaso de Pedraza Alfonso XIII solo tuvo una idea: gobernar sin las trabas constitucionales: ser «el amo único» como manifestó pocos días después del triunfo Directorio.

Fácil resulta imaginarse la psicología de un monarca que se considera pobre a causa de sus muchos gastos y no puede contar con otros recursos que los que le señala el poder legislativo, como rey constitucional. Su deseo es ser rey absoluto, no tener ministros que le puedan exigir cuentas, confundir su fortuna propia con la del país, como lo hicieron en otros siglos monarcas dilapidadores que acabaron provocando revoluciones.

Además, teniendo ministros constitucionales a los que es preciso consultar a cada momento y con los cuales hay que

contar para que firmen los decretos, no son posibles negocios en grande, como los del amigo Pedraza. Es preciso ser rey absoluto para hacer dinero, verdaderamente.

Debo advertir, que Alfonso XIII desistió por el momento de realizar la combinación Pedraza, al ver que sus ministros constitucionales no la aceptaban. Luego, en tiempos recientes, al quedar suprimido el régimen constitucional y vivir España esclavizada por el Directorio, el rey creyó llegado el momento de reanudar el gran negocio de su vida. Pedraza que andaba por el extranjero, recibió un telegrama de su regio socio el cual fue enseñando a los capitalistas de Londres y de otros países para que le apoyasen en su asunto.

«Ven pronto —decía el telegrama—. Todo está preparado. Alfonso R.»

Pero Primo de Rivera y los demás generales del Directorio tampoco quisieron aceptar el plan financiero patrocinado por Alfonso XIII. Esta negativa no fue por virtud. Como el Directorio busca su sostén en las gentes de la derecha, tuvo miedo a enajenarse las simpatías de los banqueros españoles y las clases capitalistas. Además, entró en esta negativa el egoísmo personal. Primo de Rivera sabe, como todos los españoles, que esto de Pedraza es un negocio enorme del monarca y ¿por qué lo iba a aprobar él, cargando con toda la responsabilidad, sin lograr ningún resultado positivo?

Otra razón tuvo Alfonso XIII para desear ser monarca absoluto en tiempos del último gobierno constitucional.

El ministro de Hacienda Sr. Pedregal había cortado con su enérgica negativa el negocio de Pedraza, y la guerra de Marruecos había puesto en evidencia la responsabilidad personal del rey en los fracasos sufridos por el ejército español.

La pobre España es para Alfonso XIII algo así como una caja de soldados de plomo de las que se venden en los bazares.

El eterno adolescente quiso jugar a monarca importante en Europa, y para serlo aceptó en Algeciras el protectorado sobre el Rif, o sea sobre una región que figura como perteneciente a Marruecos y donde jamás en el curso de los siglos pudieron ejercer su autoridad efectiva los sultanes marroquíes.

En el banquete diplomático de Algeciras a España le dieron el hueso, lo que nadie podía tragar, el indomable Rif; pero Alfonso XIII lo aceptó gozoso, con una alegría de subteniente, igual a la del Kronprinz cuando hablaba de «*la guerre fraîche et jôyeuse*». Lo importante para él era mostrarse tan caudillo como Guillermo II.

Así empezó la guerra española de Marruecos, la más incomprensible y absurda que se conoce en la historia. España ha tenido en Marruecos, desde hace catorce años, el ejército más grande que existió nunca en África; más de cien mil hombres. Algunas veces 120.000 y todavía más. Los adversarios que combatió siempre este ejército son ocho mil o diez mil montañeses, con cartuchos escasos; y sin embargo, el ejército español no ha obtenido jamás una victoria decisiva y ha sido derrotado numerosas veces.

Hay que añadir para que la cosa resulte aún más inexplicable, que el español se bate valerosamente. Yo he hablado con militares franceses de gran valía que han visto esta guerra de cerca y todos se muestran acordes al afirmar que el oficial español lucha algunas veces con una audacia casi suicida. El soldado se limita a batirse resignadamente. No siente ningún entusiasmo por una guerra que nada le importa. Pero, en fin, cumple su deber; va adelante y se deja matar.

Los oficiales por espíritu profesional dan su vida con una generosidad exagerada... Y sin embargo las derrotas siguen a las derrotas. Es la demostración de que este ejército es una obra dinástica y no una institución nacional.

Los españoles se ven obligados a batirse porque el rey ha

querido hacer figura de gran caudillo en Marruecos, y él y sus allegados tienen esperanzas de poseer las minas del Rif, minas algo fantásticas cuyo verdadero valor no conoce nadie y que Abd-el-Krin negocia con gentes de todas las naciones, como un tesoro de cuento oriental.

Para explicar el eterno fracaso de España en Marruecos, bastará decir que es Alfonso XIII el que en realidad dirige las operaciones desde Madrid. ¿Cómo no iba a mezclarse en la guerra este joven que nació sabiéndolo todo y se titula «el primer soldado de España»?

Todos recuerdan la gran catástrofe que sufrió el ejército español en 1921, o sea la inmensa derrota de Annual.

Alfonso XIII se entendió directamente con el general Silvestre, gobernador de Melilla, para realizar una operación rápida y decisiva que permitiese a las tropas españolas ir a través del Rif hasta la bahía de Alhucemas, apoderándose de todo, obligando a las tribus a una instantánea sumisión, deslumbradas y anonadadas por la estrategia fulminante del rey.

El general Silvestre era un soldado valeroso pero de cortos alcances, un combatiente heroico excelente para obedecer; un guerrero del arma de caballería, insustituible para ser mandado por un caudillo de talento; algo así como un Murat o un Lasalle, guardando las proporciones del medio.

Alfonso XIII fue el Napoleón de este húsar heroico y se puso de acuerdo con él, sin consultar para nada a su ministro de la Guerra. Tan en secreto llevaron los dos la operación, que el general Berenguer, Alto Comisario de todo Marruecos (el único que ha dirigido dicha guerra con alguna habilidad) casi recibió al mismo tiempo la noticia del avance de Silvestre y la noticia de su inmensa derrota y su muerte.

El general Silvestre, antes de emprender este ataque disparatado, fue a España para ponerse de acuerdo con su

«general en jefe», el rey. En un banquete al que asistieron en Valladolid con motivo de una fiesta de la Academia de Caballería, los dos chocaron sus copas.

—El 25 de Julio, día de Santiago —dijo Silvestre— prometo a Su Majestad que llegaré a la bahía de Alhucemas.

—¡Olé los hombres! —contestó el rey— El 25 te espero.

Si no profirió Alfonso XIII en tal momento estas palabras, las dijo más adelante por escrito en un telegrama, del que hablaré oportunamente.

El general Silvestre volvió a Melilla, y emprendió la operación con arreglo a su estrategia de jefe de caballería y a la gran ciencia militar de Alfonso XIII.

No podía ser más sencillo el plan; marchar adelante isiempre adelante! Yo que soy un hombre civil, tal vez hubiese discurrido la cosa con mas precauciones y complicaciones.

Pero Alfonso XIII tiene la genialidad de los grandes capitanes. «¡Adelante! isiempre adelante!»

El general Silvestre arrolló al principio a cuantos moros le salieron al paso. Al tomar en los primeros días de avance un monte famoso por su valor estratégico, envió un telegrama al rey. Este le contestó empleando el lenguaje de las corridas de toros «¡Olé los hombres! El 25 te espero» (Textual).

¡Ay! todavía no ha llegado el 25. Van transcurridos cuatro años y aun está esperando el *Káiser Codorniu*.

Las tribus de Abd-el-Krim dejaron avanzar a intrépido Silvestre, que en su ardor agresivo apenas si se preocupó de mantener el contacto a sus espaldas con las bases de refuerzo y avituallamiento. Lo cercaron, lo aislaron, cortando su retaguardia, y murió combatiendo lo mismo que tantos miles de españoles. Únicamente lograron salvar su vida como

prisioneros, unos mil quinientos, con el general Navarro.

Se calcula que en este desastre perecieron 12.000 españoles, recogiendo los rífenos sobre el campo de batalla un material de guerra que representaba muchos millones de pesetas.

Para olvidar este pequeño incidente, el amigo de M. Cornuché, pocos meses después, se marchó a Deauville. Mas no por esto dejó de pensar en el fracaso.

Como todos los artistas mediocres, de quisquillosa vanidad, estaba convencido de que su plan era magnífico, y echó la culpa de la falta de éxito a la cobardía de los ejecutantes.

En España cuentan muchos una frase de este joven ingenioso. La gallina es allá el animal que simboliza la cobardía. Cuando los rífenos exigieron cinco millones de pesetas por dejar en libertad a los prisioneros en la derrota en Annual, Alfonso XIII dijo con su gracia chulesca:

—¡Qué cara cuesta la carne de gallina!

Los españoles cultos se dieron cuenta de la responsabilidad que incumbía a Alfonso XIII en el desastre de Annual. Por primera vez, en muchos años, el Parlamento español dio señales de vida, enérgica e independientemente. Se formó una Comisión en la Cámara de Diputados compuesta de individuos de los diferentes grupos dinásticos y de las oposiciones. Esta Comisión llamada de los Veintiuno por el número de los individuos que la componían, abrió una información, haciendo comparecer ante ella a numerosos generales.

Por primera vez se vio también en España a los militares, —siempre orgullosos y convencidos de pertenecer a una casta superior—, prestar declaración ante un tribunal civil como testigos o como futuros acusados.

Según se dice, la Comisión recibió testimonios y documentos que demostraron cómo el general Silvestre se había movido

siguiendo las órdenes y los planes estratégicos del rey. Además, una parte de la documentación cambiada entre el monarca y el general Silvestre fue descubierta por un procedimiento algo novelesco.

Recordará el lector que después de la inesperada y completa derrota de Silvestre, los rifeños vencedores avanzaron hasta las puertas de Melilla y si no entraron en ella fue por falta de decisión. Sólo algunos grupos de soldados enfermos guarnecían la plaza. Para dar ánimos al vecindario las bandas de música recorrieron las calles haciendo sonar sus instrumentos. Todo estaba abandonado. En tal situación, llegó el general Berenguer con las primeras fuerzas que pudo embarcar en el Marruecos occidental perteneciente a España. Y fue en estos momentos de confusión, cuando alguien, no se sabe quién, descerrajó la mesa del despacho del general Silvestre ya difunto, encontrando en un cajón parte de su correspondencia con Alfonso XIII.

Allí estaba el famoso telegrama «¡Olé los hombres! El 25 te espero». Allí también, entre otras cartas, una en la que el rey aconsejaba a Silvestre, lo siguiente: «Haz lo que yo te digo y no te preocupes del Ministro de la Guerra, que es un imbécil».

Este ministro de la Guerra tratado de imbécil por un rey constitucional que obraba a sus espaldas, era un hombre civil, el vizconde de Eza. Me dicen que al enterarse de tal carta estuvo mucho tiempo sin querer ver al rey, para evitarse la molestia de saludarlo. Ahora tal vez le salude, pues para los hombres que tratan reyes, representa muchas veces una muestra de cariñosa confianza, ser tratados de imbéciles.

La comisión de los Veintiuno después de oír a numerosos testigos, dio por terminado su expediente. La culpabilidad del rey resultaba visible por las declaraciones y los documentos.

Alfonso XIII siguió con inquietud el trabajo de esta Comisión cuyas funciones eran completamente nuevas. Se iban a hacer

públicas en el Parlamento su desdichada intervención en la guerra, sus actos de rey absoluto, su desprecio a la Constitución.

Había que ahogar este escándalo enorme y para ello apresuró el golpe de Estado, que estaban preparando los militares y que produjo el Directorio actual.

Una parte del ejército venía conspirando de acuerdo con el rey, pero la fecha de la sublevación se había fijado para más adelante. Al saber Alfonso XIII que la Comisión de los Veintiuno había terminado su información e iba a hacerla pública el 20 de Septiembre, dio orden a Primo Rivera para que adelantase el golpe de fuerza. Primo Rivera, acelerando sus preparativos, con la seguridad que le daba el apoyo del rey, se sublevó en Barcelona el día 13.

Uno de los primeros actos de los militares triunfantes fue enviar un oficial de gran confianza al palacio del Congreso en Madrid, seguido de fuerte escolta. En una de las secciones, donde se había reunido la Comisión de los Veintiuno, estaba guardado el famoso expediente sobre las responsabilidades de la derrota de Anual.

El enviado del Directorio se incautó de él y nadie ha sabido más de tan importante legajo. Deben haberlo destruido.

Pero los individuos de la Comisión viven todos y muchos de ellos guardan notas de las declaraciones que escucharon y los documentos que leyeron.

IV. Primo de Rivera y sus acólitos

En el curso de los últimos cincuenta años, la monarquía española únicamente ha pensado en halagar al ejército.

Creyó que teniendo a sus órdenes la fuerza armada no debía preocuparse de otra cosa. Al que protestase se le ametrallaría. Contando con la adhesión de las tropas podía permitírsele todo y vivir descansadamente.

El resto del país no ha existido para los reyes. Debo valerme de una imagen para expresar con más exactitud las relaciones de la monarquía con España. Los Borbones han considerado al pueblo español como si éste fuese una máquina de vapor que les estorbaba con su movimiento ruidoso.

Prefirieron los reyes el silencio, la calma absoluta de la nada, y dedicaron su tiempo y sus energías a la supresión de dicha máquina. Colocaron puntales sobre los émbolos para ahogar su ruidoso dinamismo; apagaron sus fuegos; dejaron correr el agua sobre los hogares generadores de fuerza y otras partes de la maquinaria nacional. Esta ha acabado por paralizarse y oxidarse. Se han roto sus engranajes y se está deshaciendo pieza a pieza.

Yo, español, declaro con dolor y vergüenza, que España es, en estos momentos, el país más desorganizado de la tierra. Sus regiones más ricas y laboriosas muestran una tendencia instintiva al separatismo. Son miembros que aún laten con vida propia, y quieren separarse del resto de un organismo que consideran podrido. Tal es el caso de Cataluña y otras provincias.

Además, durante medio siglo, la monarquía ha convertido en

un pueblo materialista y de profunda bajeza moral, a esta España que fue antes una nación romántica, con ideales tal vez equivocados, pero siempre generosos.

Hasta hace un cuarto de siglo, existieron dos Españas: una tradicionalista y otra liberal; una partidaria de las glorias del pasado, otra deseosa de implantar los progresos más audaces; pero ambas tenían sus ideales respectivos y estaban dispuestas a dar su vida por algo generoso. La monarquía de Alfonso XIII y de su madre ha creado una España cínicamente materialista, que solo piensa en los provechos vulgares e inmediatos, no cree en nada, no espera nada, y acepta todas las vilezas del momento actual porque le falta energía para arrostrar las aventuras del porvenir, al otro lado de las cuales se halla su libertad.

El país de Don Quijote, gracias a la monarquía de los Borbones, se ha convertido en el de Sancho Panza, glotón, cobarde, servil, incapaz de ninguna idea que exista más allá de los bordes de su pesebre.

Las clases acomodadas muestran la crueldad del miedo, que es la peor de las crueldades. Temen moverse, cambiar de postura, aún con la certeza de que este cambio puede ser favorable para el país, y proclaman con brutalidad su amor al garrotazo, declarándose partidarios de toda solución que prometa el fusilamiento como primera medida. Las masas obreras por su parte muestran una violencia más extremada que en ninguna otra nación. Cada vez que han exteriorizado sus deseos se han visto ametralladas en las calles por toda respuesta. El obrero desarmado, como no puede batirse con el militar poseedor de las herramientas de muerte más perfeccionadas, apela al atentado personal. En resumen, las luchas sociales que se desenvuelven en los demás países en una forma más o menos atenuada, adquieren sobre el suelo español, gracias a la monarquía, el carácter de una guerra salvaje.

En cincuenta años, los reyes de España no han creado

escuelas, no se han preocupado del progreso intelectual del país. El pueblo español se ve elogiado en todo lo que tiene de más bárbaramente tradicional. Los defectos seculares son considerados y ensalzados por los monarcas como virtudes patrióticas. Fernando VII, Isabel II, Alfonso XII, y su hijo Alfonso XIII, imitaron siempre el lenguaje y las acciones de los toreros y los «golfos» de Madrid, considerando esta degradación como algo nacional. Los españoles que muestran una cultura con arreglo a la civilización de otros pueblos, son tachados de malos patriotas y de extranjerizantes.

Al llegar aquí, considero conveniente decir algo, aunque sea en breve aparte. La actual reina de España que es inglesa por su nacimiento, resulta una especie de prisionera moral dentro del palacio de Madrid. Durante la guerra que arrebató a un hermano suyo, oficial inglés, vivió en resignado aislamiento, en medio de una Corte donde todos eran germanófilos, incluso su marido. En los momentos actuales esta señora, a causa de su educación británica, debe sentirse asombrada viendo como su país, uno de los primeros del mundo, es gobernado por hombres civiles, por hombres liberales, mientras la atrasada monarquía española rasga su Constitución y es regida por una tiranía militar como la Rusia de los Zares.

Prosigamos hablando de la vileza actual de España, obra del régimen monárquico.

Alfonso XIII acabó por no poder vivir tranquilamente a consecuencia de los males provocados por su mismo régimen: Por un lado el separatismo; por otro la guerra social; por otro la debilidad de los gobiernos, que mejor merecían el título de desgobiernos, debilidad que es también de origen monárquico; un resultado de las intrigas a que se muestra tan predispuesto el rey.

En tiempos de Alfonso XII y de la reina regente sólo había dos partidos dinásticos, el liberal y el conservador, dirigidos por Cánovas y Sagasta. Este turno en el disfrute del gobierno

resultaba una comedia ridícula, pero como los jefes solo eran dos, inspiraban respeto a los reyes y les era fácil entenderse para imponer su voluntad a la familia real y sus cortesanos. Alfonso XIII, en su deseo de ser monarca absoluto y quebrantar el régimen constitucional, se ha dedicado a fraccionar y subdividir los antiguos partidos gobernantes. Por medio de intrigas y enredos sublevó a los lugartenientes contra sus jefes, premió a los traidores, apoyó a los disidentes e hizo de cada uno de ellos el jefe de un nuevo grupo al que prometió el poder. De los dos antiguos partidos hizo surgir una docena, siguiendo la jesuítica máxima de «divide y vencerás».

Gracias a esta política de fraccionamiento, ningún partido gobernante tuvo desde hace años fuerza suficiente para mantenerse en el poder. Cada gabinete solo pensó en defenderse de sus rivales, en sostenerse a toda costa, y para conseguirlo, el gran medio, fue mostrarse obediente a las insinuaciones del rey.

Un país corrompido moralmente por la monarquía, agitado por el separatismo, mal gobernado por unos ministerios que solo podían pensar en su propia existencia, marcha fatalmente a la ruina. La monarquía española ha sido víctima de su propia obra. Asustada por las luchas sociales, ha buscado remedio en una dictadura militar que podía favorecer al mismo tiempo sus instintos absolutistas. Pero es la misma monarquía la que creó la enfermedad nacional que ha pretendido curar luego por medio de la brutalidad militarista.

La influencia fatal y corruptora que los Borbones españoles ejercieron sobre toda la nación la han hecho sentir igualmente sobre el ejército.

Durante el siglo XIX, el ejército español intervino frecuentemente en la vida política, unas veces en sentido liberal, otras en sentido reaccionario. Pero los militares mostraban en sus sublevaciones cierto idealismo, liberal o

retrógrado, y este idealismo pudo representar en ciertos momentos una esperanza para el país. Alfonso XIII, y antes de él su madre, mataron también este espíritu del antiguo ejército, convirtiendo a los militares en unos burgueses sindicados, que solo se preocupan de las ganancias de su profesión.

Así surgieron las llamadas Juntas militares, en 1917. Estas Juntas fueron sencillamente unos soviets; pero soviets con uniforme, en los que, solo figuraban militares de subteniente a coronel. Tales soviets de casta, copia a estilo retrógrado de los de Rusia, fueron la manifestación de las aspiraciones de una categoría social que se había dado cuenta de su importancia y quería explotarla.

Ya hemos dicho como los reyes pensaron únicamente en halagar y formar el ejército a su semejanza, para estar seguros de su apoyo. El ejército, al tener conciencia de lo necesario que resultaba para la monarquía, empezó a exigirle por medio de sus Juntas, aumentos de sueldo y absorbentes privilegios, acabando por formar dentro de la nación una casta aparte, con leyes especiales que lo han hecho intangible e indiscutible: En España se puede discutir todo hasta la existencia de Dios; pero el que discute un acto de los militares va inmediatamente a la cárcel y se vé sometido a un consejo de guerra, aun cuando sea paisano.

Tal fue la soberbia de los directores del militarismo al tener plena conciencia de su importancia dentro de la monarquía, que las Juntas discutieron con el rey y le impusieron su voluntad. Pero Alfonso XIII, considerando el ejército como una creación de su familia, aceptó tales faltas de respeto cual un mal pasajero, y creyó que gobernando con personajes militares sería más dueño del país que acompañado de hombres civiles.

Durante cuatro años se vino preparando el golpe de fuerza que ha suprimido el régimen constitucional y dado principio al régimen militar. El rey con su característica imprudencia no

supo guardar el secreto. En 1922, a los postres de un banquete en Córdoba, Alfonso XIII dejó ir su lengua. Esto nada tiene de extraordinario, pues en Córdoba abunda el vino de Montilla, que hace olvidar toda discreción a los postres de un banquete. Inexperto orador que se echa a nado a través de sus discursos, habló con amargura de su papel de rey constitucional, dando a entender que en el porvenir sería amo absoluto.

Las Juntas militares deseaban también gobernar a España. Según ellas, los fracasos del ejército en Marruecos se debían a los gobiernos constituidos por hombres civiles, a «los políticos» que eran para el rey y para los militares una especie de víctimas expiatorias. Todos los males del país debían atribuirse a los tales políticos. El día en que el rey y media docena de generales gobernasen España a su capricho, empezaría una época de venturas y el ejército obtendría victorias cada veinticuatro horas.

Primeramente los militares metidos a políticos pensaron dar la dictadura al general Aguilera. Este señor, que era entonces presidente del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, resulta un personaje menos bufo y de costumbres más honestas que Primo de Rivera. Pero una tarde surgió inesperadamente en el Senado una discusión entre personajes civiles y militares. El general Aguilera dijo que el honor de un militar es superior al honor de un hombre civil, y el Sr. Sánchez Guerra, antiguo presidente del Consejo de Ministros, político conservador y hombre de temperamento nervioso, le contestó dándole dos bofetadas como demostración de que un civil puede ser tan hombre como un militar.

Gran escándalo parlamentario, explicaciones, todo lo propio del caso, pero Aguilera a pesar de que es un hombre de historia valerosa, tuvo que quedarse con las dos bofetadas y no las pudo devolver. Después de este incidente, ya no era lógico pensar en dicho general para que fuese el dictador. ¿Qué miedo puede infundir un guerrero que recibe dos manoplazos de un simple abogado?

Y fue entonces cuando el rey pensó en Primo de Rivera, general desprestigiado por su conducta particular, poco querido en el ejército, por la rapidez de su carrera, pero que estaba ocupando la Capitanía general de Cataluña.

De todos los generales del ejército español el menos indicado para representar una revolución moralizadora es Primo de Rivera.

No quiero valerme de la vida particular de mis enemigos, pero con Primo de Rivera resulta inútil este escrúpulo. El mismo, dándose cuenta de su situación, ha hablado varias veces, como si hiciese penitencia pública, de la existencia que llevaba hasta hace poco más de un año o sea antes de ser dictador. (Según dicen muchos españoles, continúa llevando en la actualidad la misma existencia, pero con un poco más de recato).

Durante más de treinta años, cuando los militares españoles querían mencionar un caso de favoritismo inaudito, de despotismo escandaloso, mencionaban a Miguelito Primo de Rivera. En la actualidad las gentes siguen llamándole Miguelito porque, aunque es teniente general y gobierna arbitrariamente a toda España, imponiendo sus voluntades al mismo rey, continúa siendo tan Miguelito, como en la época que era teniente. Su carácter no ha cambiado.

Fue sobrino del capitán general Primo de Rivera que traicionó al gobierno revolucionario en 1874, ayudando a restaurar la dinastía de los Borbones. Este señor que no tuvo hijos concentró toda su influencia y su cariño en Miguelito para hacer de él en poco tiempo un continuador de las glorías de la familia.

Pocas veces se ha visto una carrera tan rápida. Ascendió casi tan aprisa como los generales de la primera República francesa y de Napoleón. Este mozo no pudo hacer un gesto sin que resultase un acto heroico. Allí donde España tuvo una

guerra, allí estuvo él y a las veinticuatro horas de llegar ya había hecho algo extraordinario, únicamente comparable con las hazañas del Cid.

Reconozco que debe ser un apreciable subalterno, un oficial valiente, como los posee a miles el ejército español. Lo malo para estos miles de oficiales es que ellos, no han tenido un tío como el capitán general Primo de Rivera, y sus actos habituales de valor, solo merecen cuando más una pequeña nota en la hoja de servicios. En cambio Miguelito no desnudó jamás el sable sin que obtuviese un grado o un nuevo título de heroísmo.

Durante el período de las guerras coloniales su tío hizo de él, una especie de viajante comisionista del heroísmo militar. Lo envió a la guerra de Cuba para que obtuviese varios grados y cuando ya no era decente pedir más para él, lo remitió a Filipinas para que hiciese nueva cosecha. En resumen: que poco después de los treinta años ya era general; el general más joven del ejército español.

Jamás mandó un ejército. Ha sido siempre un subalterno. La primera vez que actúa de general en jefe es ahora como presidente del Directorio, asesorado por otros camaradas no menos cubiertos de entorchados, condecoraciones y fajas. Estos oropeles vistosos no les libran a todos ellos de la vergüenza de ser zarandeados y golpeados por Abd-el-Krim, que fue su maestro de árabe y su compañero de juergas cuando vivía en Melilla como empleado del Gobierno español.

En Primo de Rivera, el individuo, resulta tan interesante como el «héroe». Yo he hablado con él dos veces nada más, pero como no resulta un personaje de grandes complicaciones intelectuales, hay de sobra con eso para conocerle. Nació en Jerez, la tierra del vino generoso, y tiene la verbosidad del meridional. Esto no significa una censura. Su facundia podía resultar un instrumento útil al servicio de una verdadera inteligencia. Pero Miguelito es algo así como un primo hermano de Alfonso XIII; un hombre de carrera fácil que se lo

encontró todo preparado, por el hecho de nacer, y cree saberlo todo y haber venido al mundo para solucionar los más difíciles problemas, diciendo una serie de perogrulladas.

Con su palabrería, suficiente y segura, me recordó a muchos generales improvisados que he conocido en Méjico y algunas pequeñas repúblicas de la América del Sur. Solo le falta escribir versos malos para ser un perfecto héroe como los otros. Pero a falta de ello, redacta manifiestos casi pornográficos en los que alude a los órganos masculinos, echa requiebros a las mujeres españolas y comete otras extravagancias que hacen de él un personaje de horribles consecuencias para sus compatriotas, pero ameno y pintoresco para los extranjeros.

Tiene la locuacidad disparatada de un barbero a la antigua con faja de general, de un Fígaro que mientras afeita al parroquiano arregla con su interminable y segura facundia la suerte de su país y la de todos los países de la tierra. Diré más adelante cuales fueron los primeros actos de gobierno del moralizador Miguelito. En realidad, resulta una ironía de la suerte haber escogido a este alegre soldado para defensor de los principios morales. Primo de Rivera es eternamente joven, con una juventud vulgarota y escandalosa, buena para una guarnición de provincia. Recuerdo lo que contaban de él en Valencia cuando era capitán general de dicha región. Una vez la gente se indignó contra él porque en el palco de un teatrillo lo sorprendieron con una corista, consumando casi en presencia del público lo que los demás solo se atreven a hacer a puerta cerrada.

De sus tiempos juveniles guarda la afición a visitar por la noche ciertas viviendas que en Francia ostentan un gran número sobre la puerta.

Aun en la actualidad, siendo dueño absoluto de España, los trasnochadores de Madrid, encuentran muchas veces su automóvil oficial detenido en las cercanías de las más reputadas casas de lenocinio. Estas casas quedan cerradas

para sus habituales parroquianos, cuando la visita por la noche Su Excelencia y sus amigos. Además Primo de Rivera es uno de los más famosos jugadores de España. No hay círculo de juego que no lo haya tenido por cliente. Se ha jugado lo suyo y lo de otros, y cuando se apoderó del gobierno para moralizar a España, andaba según dicen muy falto de dinero.

El último gobierno lo envió de capitán general a Cataluña por un azar, porque no había disponible para dicho puesto otro general.

Desde el primer momento explotó su situación, ofreciéndose como un héroe a las clases más conservadoras y retrógradas de Barcelona. Este hombre tiene la monomanía de los órganos sexuales y a cada momento los alude en su conversación o los menciona en sus documentos políticos. Atropellando a los distintos gobernadores civiles que pasaron por Barcelona, hizo intervenir su autoridad caprichosa en todos los conflictos sociales. Muchas veces los patronos quisieron transigir con los obreros en huelga, por considerar de poca importancia las diferencias que les separaban; pero él se opuso a todo arreglo.

—Déjenme a mí —decía— ya es hora que estos canallas se encuentren con un hombre de muchos... como yo. Voy a meterlos en un puño.

Desde la Capitanía general de Cataluña se entendió con el rey para un golpe militar que derribase el gobierno constitucional. El tal golpe no pudo ser más fácil. El Gobierno presidido por el marqués de Alhucemas, era un gobierno de gente débil que no opuso la menor resistencia. Además el general Aizpuru, ministro de la Guerra en dicho gabinete, fue un hombre desleal y sin escrúpulos, un traidor que se entendía con sus compañeros sublevados y desde el Ministerio ayudó y facilitó su complot. Por esto el Directorio una vez triunfante lo premió nombrándole Alto Comisario en Marruecos.

Si Alfonso XIII hubiese querido cortar la sublevación militar de Cataluña podía haberlo hecho dirigiendo un simple telegrama al coronel de la guardia civil de Barcelona. Con ir éste en busca del Capitán general, agarrarlo de una oreja y llevarlo a la cárcel, hubiese terminado la insurrección, sin ningún otro incidente.

La sublevación militar de Primo de Rivera, lo mismo en Barcelona que en Madrid y otras poblaciones, fue una sublevación puramente de oficiales. Estos hablaron y amenazaron en nombre del ejército, pero el ejército permaneció encerrado en los cuarteles. Los oficiales muestran cierto miedo a sacar los soldados a la calle. Temen lo que puedan hacer al verse en la vía pública, bajo el mando de jefes insubordinados que han suprimido las libertades de su país. Bien podría ocurrir que en vez de tirar contra el pueblo, tirasen contra los que tuviesen más cerca.

Pero el hecho es que Primo de Rivera realizó sin ningún obstáculo y de acuerdo con el rey, la sublevación militar de Cataluña. Es más, la realizó en medio del ruidoso entusiasmo de ciertas clases sociales.

Esto lo reconozco y me lo explico perfectamente. Miguelito, brillante hablador, algo retorcido y desleal en sus promesas, mostró entusiasmo por el catalanismo, aun cuando las palabras de dicho entusiasmo fueron muy vagas. Pero esto bastó para que los catalanistas ricos admirasen en él a un sostenedor de la autonomía de su región. Además los industriales y capitalistas más agresivos, al verse amenazados en su lucha con los obreros, lo aclamaron como un heroico paladín de la sociedad presente.

Todos estos elementos al marchar él a Madrid, le saludaron en Barcelona, como si fuese la aurora de un día glorioso. La gente inconsciente que al verse en una mala posición desea un cambio, sin pararse a determinar la forma de dicho cambio, vitoreó igualmente al vencedor sin combate.

Ya he dicho cómo la monarquía, en cincuenta años, ha desorientado a los españoles, envenenando su juicio. Existe en España un rebaño considerable que acepta las ideas, siempre que sean simples y fáciles, aun cuando resulten absurdas. El trabajo de la monarquía ha consistido en hacer creer al país que todo lo malo que ocurre es por culpa de los políticos, y si de vez en cuando, hay algo bueno, esto no es obra de dichos políticos, sino del rey. El pobre monarca es un dechado de bondad; él haría toda clase de cosas buenas en favor de su pueblo, pero no le dejan los picaros políticos que viven en torno de él. Y los pobres políticos que no han sido más que unos domésticos de la monarquía, se ven atribuir toda clase de vicios y crímenes.

El vulgo español educado por los reyes tiene un apelativo fácil que aplica a todos sus gobernantes:

—¡Ladrones! ¡Todos ladrones!

Y Miguelito, barbero locuaz con faja de general, que tiene una mentalidad poco más o menos como la del vulgo, encontró fácilmente el programa revolucionario para entusiasmar a la masa imbecil.

«El rey es un grande hombre; casi tan grande, tan moral y tan puro como yo. Todos los políticos que han gobernado hasta ahora son un atajo de ladrones. Yo los desenmascararé y los meteré en la cárcel».

Y después de esta solemne promesa, el hombre providencial regenerador de la monarquía emprendió el camino de Madrid, para purificar a España.

V. El fracaso del Directorio

El primer acto de Primo de Rivera, fue lanzar un manifiesto en el que incitaba a todos los españoles a que ejerciesen la delación, prometiéndoles una impunidad absoluta. Su ideal fue volver España al tiempo de las acusaciones sin prueba, de los autos de fe, ejerciendo de Gran Inquisidor. Todos podían llevarle delaciones con la certeza de que él guardaría un secreto absoluto sobre su origen.

Afortunadamente para la honra de España, muy pocos respondieron a este manifiesto desmoralizador e infame.

Como había iniciado su revolución al grito de ¡Abajo los políticos ladrones!, necesitó probar que todos sus antecesores en el Gobierno, habían hecho escandalosos robos, pero hasta la fecha, después de trece meses de dictadura, todavía no ha podido probar nada.

El personaje civil objeto de sus odios y persecuciones, fue el Sr. Alba. Este ministro de la monarquía, relativamente joven y de convicciones liberales, resultó una especie de «bestia negra» para Primo de Rivera y sus acólitos del Directorio. Se explica esto, por el hecho de que durante sus períodos de gobernante el Sr. Alba intentó establecer un impuesto sobre las utilidades de los aprovechadores de la guerra; decretó que la enseñanza católica no debía ser obligatoria en las escuelas, respetándose las creencias de los niños cuyas familias no profesan la religión oficial, e impuso por primera vez el pago de tributos a las órdenes religiosas, igualándolas con las asociaciones civiles. Esto bastó para que las gentes de la derecha, sostenedoras del Directorio, lo mirasen como un demagogo digno de sus ataques y calumnias.

Además, el rey odia a Alba porque siendo ministro se atrevió a discutir con él, cuando pretendía salirse de sus atribuciones de monarca constitucional. Por otra parte, dicho ministro osó realizar por cuenta propia el rescate de los españoles prisioneros en el Rif, rescate que no hubiesen conseguido nunca los generales, y poco antes del golpe de Estado hizo relevar a algunos de éstos por ineptitud o desobediencia.

Los pretorianos del Directorio en el momento de su triunfo, habrían asesinado al Sr. Alba de permanecer éste en San Sebastián al lado del rey. No ignoraba Alfonso XIII tales propósitos y sin embargo no dio ningún aviso a su ministro. Este, afortunadamente para él, pasó la frontera, y se refugió en Francia. Dejándose matar habría perdido no solo la vida sino también la honra, cayendo envuelto en las acusaciones de latrocinio que el verboso Miguelito distribuye con su inagotable generosidad de charlatán. Nombró éste, nada menos que a un ayudante suyo, juez especial en el proceso formado por el Directorio al Sr. Alba. Todos los papeles particulares de dicho ministro hasta los más íntimos, cayeron en poder de los militares vencedores, y sin embargo no ha podido probarse hasta la fecha, un solo hecho delictuoso. Primo de Rivera, creyendo en la torpeza de su ayudante, designó a un juez civil, un juez de carrera, hijo de un antiguo criado de su familia. El nombramiento no podía ser más parcial e interesado. Y sin embargo, este juez doméstico se ha visto obligado a absolver a Alba, después de ocho meses de una rebusca arbitraria y de amenazar a los testigos para que dijese cosas contrarias a la verdad.

Igual fracaso ha sufrido la tiranía militarista al buscar pruebas de sus afirmaciones calumniosas, procesando a otros hombres políticos. Los terribles ladrones, cuya impunidad justificaba según algunos la sublevación de Primo de Rivera, no han aparecido por ninguna parte.

El Directorio hizo una revolución contra la inmoralidad y resultó desde los primeros días de su triunfo que la inmoralidad llegaba con él. Todos conocen uno de los

primeros actos del dictador Primo de Rivera, eterno tertuliano de las casas de juego y las casas de ventanas cerradas donde se expende el amor fácil.

La familia de un empresario de teatros de Madrid, reblandecido por los años y los excesos, denunció a la justicia el secuestro en que se hallaba éste bajo el poder de cierta trotadora de aceras, apodada la Caoba sin duda por el color de su pelo. El juez al enterarse de que la Caoba daba cocaína y otros estupefacientes a su viejo amigo, ordenó su procesamiento... Y es al llegar a este punto cuando el dictador encargado de hacer la felicidad de España, olvida sus importantes ocupaciones para concentrar todas sus facultades de guerrero y estadista en la solución de dicho caso. Sin duda, las amigas que le tutean por la noche en los burdeles de Madrid solicitaron su auxilio:

—Miguelito, tú que eres tan bueno, debías socorrer a la pobre Caobita.

Y Miguelito, escribió al juez para que diese por terminado el asunto no molestando más a la cortesana de bajo vuelo. El juez en defensa de sus derechos y de la potestad civil, repuso que la justicia no recibe órdenes y él continuaría ajustándose a su deber, añadiendo que iba a hacer figurar en el proceso la carta que le había enviado el dictador. Este apeló entonces al presidente del Tribunal Supremo, jefe de la justicia española, para que castigase al juez. El presidente contestó que su subordinado había procedido con rectitud no atendiendo ninguna recomendación y que él aprobaba su conducta de juez íntegro. Entonces Miguelito, por dar gusto a sus amigas matriculadas en el Gobierno civil de Madrid, persiguió al juez y obligó al Presidente del Tribunal Supremo a que pidiese su retiro. Todo por «la Caobita». ¡Viva la moralidad!

Este dictador que proclamó la delación una virtud pública, ejerce como dogma de gobierno la violación de la correspondencia, y hace abrir las cartas, condenando a los

ciudadanos por lo que dicen en ellas confidencialmente. Mi amigo, el eminente escritor Miguel de Unamuno, una de las inteligencias más poderosas de la Europa contemporánea, y varón de austeras virtudes, fue sentenciado a la deportación en una isla de Canarias por haber escrito una carta a un amigo suyo de la Argentina, manifestando sus impresiones sobre el Directorio, carta que dicho amigo publicó por su cuenta en un diario de Buenos Aires.

También el ex-ministro conservador Sr. Ossorio y Gallardo envió una carta al Sr. Maura, político de la extrema derecha, contándole un negocio sucio que acababa de realizar el Directorio. Primo de Rivera hizo abrir la carta y metió en a cárcel al Sr. Ossorio y Gallardo.

Otras veces, basta un artículo de periódico de carácter profesional, en el que no se ha fijado la previa censura, para que su autor se vea perseguido. El marqués de Cortina fue deportado a Canarias por un estudio financiero en el que hablaba de los errores económicos del Directorio.

Primo de Rivera que se preocupa como un comediante de sus efectos escénicos y desfigura la verdad tranquilamente para conseguir un aplauso momentáneo, sabe que él y sus compañeros de generalato no pueden continuar en el poder si muestran una brutalidad descaradamente soldadesca. Por eso se ha preocupado de fundar un partido civil titulado la Unión Patriótica, con el propósito de dejar aparentemente el poder en manos de estos comparsas vestidos de paisano, y continuar él gobernando, metido entre bastidores.

El dictador como muchos de sus compañeros de gobierno y de mando militar sirve para todo... ¡para todo! menos para su oficio, que es hacer la guerra con éxito. Este hombre que asesinó la Constitución de su país, con el pretexto de que así podrían dirigir los militares con más soltura las operaciones de guerra, ha pasado diez meses sin acordarse de la guerra ni del ejército que vivía casi olvidado en Marruecos, en una inactividad inexplicable, hasta que la ofensiva de los

marroquíes vino a sorprenderle en peores condiciones que en 1921, o sea cuando gobernaban los hombres civiles. Primo de Rivera se ocupaba mientras tanto en ir de provincia en provincia recibiendo ovaciones preparadas casi a viva fuerza por sus acólitos, y organizando la llamada Unión Patriótica.

El lector sabe que todos los hombres políticos de España, —incluso el Sr. Maura, al que es justo reconocer que siempre fue un recio sostenedor del poder civil—, se retiraron de la vida pública, dejando a Primo de Rivera que lo arreglase todo por sí mismo, ya que es el Mesías español y los demás unos ladrones.

Miguelito ha intentado copiar a Mussolini, pero torpemente, con un mimetismo de histrión, como él hace todas las cosas. Mussolini viene de abajo, tiene un partido detrás de él, se apoya en masas populares que lo elevaron hasta el poder. El sobrino «heroico» del viejo Primo de Rivera ha empezado por asaltar el poder, y luego intenta fundar, de arriba a abajo, un partido político para dar cierta justificación a su escalo del gobierno, realizado con las agravantes de fractura y nocturnidad.

Como tiene unos cuatro mil militares colocados con triple sueldo al frente de los ayuntamientos y otros organismos, los cuales ejercen una especie de Terror, ha ido formando, gracias a esta red de pequeños procónsules, las primeras agrupaciones de la llamada Unión Patriótica. A pesar de que ofrece carteras de ministros a todo el que quiera figurar en el futuro gabinete, no ha encontrado un personaje conocido que se preste a ser su comparsa, actuando en un falso ministerio civil que sería la segunda evolución de su dictadura.

La gran página de la vida política del dictador, es el viaje a Italia con su protegido y prisionero Alfonso XIII. El tirano con uniforme se fue a banquetear con Mussolini, tirano cursi de chaqué y polainas blancas, al que hay que reconocer sin embargo una gran superioridad sobre este militar verboso.

Sin duda el antiguo obrero italiano, que cultiva la anchura de su frente a lo Napoleón y únicamente permite que le encuentren cierto parecido con Julio César, a causa de su porte majestuoso, debió torcer el gesto cada vez que Miguelito lo trató como un compañero, titulándose a sí mismo el «Mussolini de España».

Alfonso XIII, por su parte, dio pruebas de discreción, oportunidad y espíritu moderno, leyendo ante el Papa su famoso discurso. Para descargo del monarca, debo hacer público que el tal discurso no es suyo. Se lo escribió el Padre Torres, famoso jesuita residente en Madrid, y la obra resulta digna de su verdadero autor. Hasta el Papa, según parece, se espantó de una intransigencia religiosa tan absurda, de un espíritu católico tan estrecho, burdo y retrógrado.

El rey de España habló en nombre de los españoles, todos los cuales son católicos según él, olvidando que hay españoles protestantes y muchísimos más españoles de creencias puramente civiles. A juzgar por el discurso de Alfonso XIII, únicamente se puede ser español y persona honrada, siendo católico.

Además con una discreción, que no podía resultar más inoportuna, recordó que España se había batido siempre contra los musulmanes y añadió que seguiría batiéndose en África para implantar la cruz, imponiéndola a los secuaces de Mahoma.

Los representantes de España en Marruecos, para conseguir la sumisión de los rifeños, vienen desde hace años afirmando que el gobierno español reconocerá la religión de los mahometanos y la respetará, como Inglaterra, Francia y otros países respetan en sus colonias las religiones de los habitantes. Pero el biznieto de Fernando VII, en unos cuantos minutos, destruyó esta obra de propaganda, leyendo el discurso escrito por el Padre Torres, según el cual España tiene la misión de imponer la cruz a los mahometanos.

Abd-el-Krim, que es una especie de español vestido de moro, y por haber pasado la mayor parte de su vida en Melilla al servicio de España, conoce perfectamente a muchos de sus generales y a Alfonso XIII, no despreció una ocasión tan propicia para sus planes, e hizo traducir al árabe la pieza literaria del jesuita leída por el rey, repartiéndola en todas las tribus del Marruecos que la monarquía española considera bajo su protectorado.

Hay que saber lo que significa para los mahometanos el Papa, y una promesa como la que hizo en el Vaticano Alfonso XIII. El tal discurso, reanimó la causa de Abd-el-Krím dando a éste más partidarios que si repartiase millones. La guerra tomó un carácter religioso gracias al discurso del rey, extendiéndose a la parte occidental, pacífica hasta entonces. ¡Pensar los muchos centenares de españoles que van muertos por esta discreta y oportuna pieza oratoria de Alfonso XIII y el Padre Torres!... Si el discurso no fue acogido con una tempestad de aplausos, hay que reconocer que ha provocado una tempestad de balas.

Cuando en el viaje a Italia pasó Alfonso XIII por Valencia, pronunció otro discurso a los postres de un banquete. El rey de España y Miguelito siempre se sienten oradores a los postres de los banquetes y se expresan con la prudencia del ebrio, si es que no cuentan de antemano con un discurso escrito por un jesuita, y les obligan a improvisar.

El rey afirmó que los políticos que habían gobernado con él eran ladrones en su inmensa mayoría y todos ellos ineptos en absoluto, añadiendo que si el Directorio no los hubiese arrojado del poder, habría acabado él solo por encargarse de hacerlo. Tan estúpido e inoportuno resultó el discurso que, no obstante ser obra del rey, los individuos del Directorio residentes en Madrid, que por no haber asistido al banquete tenían el cerebro más claro para juzgar las cosas, prohibieron a los diarios que lo publicasen.

Pero el discurso existió y es oportuno que no caiga en el

olvido. Ahora el rey es prisionero del Directorio y recuerda con nostalgia sus dúctiles y obedientes ministerios de hombres civiles que le ponían a veces algunas trabas, pero acababan por cumplir sus voluntades. Le ha ido muy mal con los soldados del Directorio, por ser gentes de su misma especie y mentalidad. Sueña con que el tiempo y los desastres le libren de estos crueles preceptores y en tal caso buscará con su hipocresía sonriente el apoyo de sus antiguos ministros. No sé si éstos se acordarán entonces de este discurso alcohólico pronunciado en Valencia: «Casi todos mis ministros fueron ladrones y todos ellos, en absoluto, ineptos e imbéciles».

El fracaso del Directorio no puede ser más absoluto en todos los órdenes de su actividad política y militar. Habló de numerosos ministros que iba a meter en la cárcel; de terribles inmoralidades que pensaba descubrir. Hasta ahora no ha metido en la cárcel más que a gentes honradas a quienes abrió las cartas como un ratero. No ha descubierto ninguna inmoralidad de políticos conocidos y eso que apeló a los mas innobles e inquisitoriales procedimientos contra Alba y otros personajes. Toda su moralización ha consistido en dejar cesantes a unos cuantos empleados que iban tarde a sus oficinas y en procesar a secretarios de pequeños ayuntamientos que cometieron irregularidades de poca monta o descuidos propios de una administración estacionaria.

Algunos de estos empleados insignificantes, gentes tímidas, aterradas por el despotismo militar, se han suicidado. El pueblo español convencido de la mentira moralizadora del Directorio, repite una frase cruel:

—Nos prometió carne de ministro, y solo nos ha dado huesos de pobres empleados.

En cambio se ha hecho patente la inmoralidad más repugnante y descarada en el seno del ejército. La actual guerra de Marruecos resulta un pretexto para el latrocinio. Jamás se conocieron en el ejército español tantos robos, y

como en él existen muchos hombres honrados que callan por disciplina, puede decirse que el ejército en general sufre una vergüenza silenciosa por las rapiñas de una minoría que el Directorio no ha castigado hasta el presente, y no castigará nunca. Los militares que viven austeramente de su sueldo y cuyas familias no gastan un lujo de millonario, desean ver sentenciados a los compañeros indignos que se enriquecen con la guerra. Primo de Rivera no quiere este castigo, no le conviene, pues disgustaría con él a muchos allegados suyos que le apoyan.

El general Bazán, espíritu justiciero, fue comisionado para averiguar los robos cometidos en el ejército de Marruecos y desde los primeros momentos de su honrada gestión empezaron a salir a luz enormes rapiñas que representaban muchos millones de pesetas.

Pero Miguelito, por compañerismo, o lo que sea, echó tierra al asunto y hasta ahora nada se ha hecho que demuestre un deseo de moralización enérgica. El Directorio solo ve ladrones allí donde hay hombres civiles; el que lleva uniforme no puede robar. Y los militares que verdaderamente no han robado, sufren por esta falta de justicia, pues sirve para que confundan a los buenos con los malos y aumente el escepticismo general.

Pero donde el fracaso del Directorio resulta más extremado y tristemente grotesco es en lo referente a las operaciones de guerra. Jamás en tiempos de los ministerios civiles sufrieron las tropas españolas un fracaso tan enorme como el último, ni se sublevó la parte occidental de Marruecos.

Uno de los motivos de animadversión de los generales ineptos contra el último gobierno constitucional, fue que según ellos los ministerios de hombres civiles no le permitían con sus restricciones, hacer una guerra victoriosa. Al Sr. Alba, que presentó con frecuencia objeciones a los disparatados planes de los generales, le odiaron como un traidor a la patria y desearon su muerte «porque estaba

quitando al ejército días de gloria».

Triunfó el Directorio completamente; no tuvo ningún obstáculo, prodigó con el mayor derroche dinero y hombres, y sin embargo el fracaso no ha podido ser más ruidoso. Por lo pronto, estos generales metidos a gobernantes que debían haber hecho la guerra inmediatamente, permanecieron diez meses sin acordarse del ejército. Las tropas se mantuvieron todo este tiempo en sus antiguas posiciones, sin intentar ningún avance, lo mismo que estaban en tiempos del gobierno constitucional. Únicamente se han movido cuando Abd-el-Krim, que es el que dirige en realidad las operaciones, las atacó, derrotándolas.

Miguelito después de recibir el último golpe y verse obligado a una retirada, intenta justificar los porrazos que le han dado, diciendo que él siempre fue partidario del repliegue de las tropas a las posesiones de la costa.

Si es así ¿por qué no realizó esta retirada desde el primer momento de su gobierno? ¿A qué sublime plan estratégico ha obedecido el permanecer quieto diez meses, haciendo viajes de triunfador por España y dejando olvidado al ejército?... Este rayo de la guerra lo que hizo fue creer ilusoriamente que podría mantener las tropas en sus antiguas posiciones todo cuanto le diera la gana, esperando una ocasión propicia para conseguir algún avance que proporcionase falsa gloria a su Directorio. Pero no contó con que Abd-el-Krim, su antiguo compañero en Melilla, es más general que él. No pudo sospechar que éste se correría de la zona oriental a la occidental, llevando la guerra a territorios hasta hace poco relativamente tranquilos.

Además, Primo Rivera ha contribuido poderosamente a este desastre con uno de sus discursos. La oratoria de él y de Alfonso XIII no pueden ser mas fatales para España. Estos dos aprendices de tribuno, moviendo sus lenguas causan más daño a la nación que las armas de los enemigos.

Ya hemos dicho cómo el regio lector de la elucubración del jesuita Torres prestó un servicio sangriento a España. Miguelito, no menos discreto y prudente que el rey, creyó necesario a los postres de un banquete en Málaga, (isiempre a la hora de las grandes copas!), comunicar a sus compañeros de mesa, los planes militares en Marruecos, y anunció en un discurso, reproducido luego por los periódicos, que iba a abandonar gran parte de los territorios ocupados en África, limitándose a defender las antiguas plazas españolas.

Yo sé que el mariscal Lyautey, gran especialista en asuntos marroquíes, se llevó las manos a la cabeza, escandalizado por la imprudencia estúpida de tal discurso.

—Esas cosas —dijo— se hacen si son necesarias, pero no se publican con anticipación.

Efectivamente, el discurso de Miguelito anunciando su retirada, fue traducido al árabe por Abd-el-Krim, para que circulase entre las tribus de occidente y produjo un efecto fulminante. Los moros amigos de España o simplemente neutrales, se apresuraron a sublevarse contra los españoles, atacándolos. Necesitaban tomar una actitud antes de que les dejasen solos nuestras tropas en retirada y quedasen ellos sometidos al vencedor Abd-el-Krim. Quisieron ser amigos de éste cuanto antes; hacer méritos para evitar su castigo... Y todos marcharon con belicosa emulación contra los soldados españoles, gracias a la imprudencia del hablador y petulante Miguelito.

El desastre en Marruecos occidental ha sido mayor, durante las últimas semanas, que el desastre de Annual en 1921. El ejército guiado por el Directorio ha sufrido 17.000 bajas. En poder de Abd-el-krim existen en este momento más de dos mil prisioneros. Han quedado abandonadas en manos de los marroquíes cantidades considerables de artillería y municiones. El caudillo rifeño se ha apoderado de parques enteros.

Además muchos de los naturales de esta zona, sublevados previsoramente por el aviso que les dio el discurso de Primo de Rivera, estaban armados con fusiles que les habían entregado, los mismos generales de España.

Abd-el-Krim sonríe ante las afirmaciones de ciertos bодоques amigos del Directorio, que dijeron en otro tiempo, por espíritu reaccionario, que era Francia la que daba a los rífenos armas para luchar, y ahora aseguran que es Inglaterra la que proporciona dicho material.

— Para qué necesito que me den armas las otras naciones de Europa? —contesta el jefe marroquí—. Me basta con las que me proporcionan los generales españoles en sus retiradas y sus derrotas.

Y así es; tal vez no llegue a emplearlas todas. Con tanta abundancia se las regalan Primo de Rivera y sus colegas en desastres.

Mientras el dictador hacía discursos de propaganda en Galicia, las tropas permanecieron olvidadas en sus posiciones, en una situación tal vez peor que la de 1921. Cinco mil marroquíes al mando de Abd-el-Krim, corriéndose de oriente a occidente, han bastado para hacer sufrir este desastre, peor que el de Annual, a un ejército de cien mil hombres. Es verdad que este ejército tiene al frente a Napoleón Primo.

La derrota de la zona occidental ha abundado en episodios de heroísmo... pero, al fin, es una derrota. Muchas posiciones, solamente se rindieron cuando lo ordenó por telégrafo el presidente del Directorio. En una de ellas, un oficial encargado de su mando, sabiendo lo que es caer prisionero de los marroquíes, remató con su revólver a los heridos y luego se mat  él. Mas, antes de suicidarse, dejó escrita una breve carta en la que maldice a Primo de Rivera y lo envía a... donde merece. La carta de este mártir del deber es el mejor comentario del fracaso militar del Directorio.

Ha fracasado igualmente en la cuestión social. No ha hecho nada para resolverla o aminorarla, ni podrá hacerlo. La gente que solo ve las exterioridades y no se para a reflexionar, dirá que en este momento no hay atentados en Barcelona y otras ciudades. Efectivamente, no los hay porque el país se halla en estado de guerra. Tampoco los hubo cuando era gobernado por ministerios civiles y estos declaraban el estado de guerra. Pero dicho estado excepcional no puede prolongarse indefinidamente, así como tampoco se prolongan en el cuerpo humano las situaciones excepcionales creadas por anestésicos y soporíferos. Algún día será preciso volver a la normalidad y seguramente se reproducirán entonces los mismos atentados, pues el Directorio militar no ha suprimido sus causas, antes bien las ha exacerbado. Los atentados por cuestiones sociales, solo pueden remediarse sustituyendo completamente el régimen actual.

Como la situación perpetua de guerra en que ha sido colocada España por el Directorio y las arbitrariedades del despotismo militar, fomentan la inseguridad y el miedo, las gentes viajan menos, cada uno permanece en su casa, los hoteles están vacíos y el comercio sufre la consecuente paralización. Gracias al Directorio la peseta baja de valor todos los meses y el precio de las cosas sube de un modo alarmante. Las subsistencias resultan cada vez más caras. La vida del español pobre, va siendo casi imposible bajo el gobierno de estos sostenedores del orden a estilo de cuartel y fomentadores del hambre que favorece la obediencia. Un año más de Directorio y se completarán la catástrofe financiera y la bancarrota nacional.

Hay que decir, aunque sea brevemente, lo que ha hecho este gobierno moralizador en el orden económico. Podía haber realizado reformas con más facilidad que los ministerios civiles por no tener que vencer obstáculos tradicionales. Pero no ha hecho otra cosa que consagrar los viejos abusos y suprimir las pocas reformas liberales que en el orden financiero habían hecho los ministerios civiles. Por ejemplo,

ha exonerado a las asociaciones religiosas de pagar contribución, suprimiendo la ley que les obliga a ello. Pero, temiendo los comentarios, ha prohibido a la prensa que hable de esta medida retrógrada.

Ha fingido economías que no existen; ha amortizado algunos empleos pequeños y al mismo tiempo ha creado grandes plazas para generales. El mismo Primo de Rivera se ha aumentado el sueldo, atribuyéndose 50.000 pesetas para gastos de representación, lo que no había osado hacer ningún presidente civil de los gobiernos anteriores.

La deuda flotante ha aumentado en un año de Directorio cerca de MIL MILLONES de pesetas. Durante el régimen constitucional, o sea hasta hace un año, la peseta se cotizaba con 26 céntimos de pérdida, relativamente al tipo oro. Ahora, bajo el despotismo de los generales, pierde ya la peseta el 50 por ciento y su caída irá continuando mansamente.

Para conservar bien supeditado al país, prodiga el Directorio dietas y gratificaciones, como no lo hizo ningún gobierno. Existen actualmente 4.000 militares con empleos civiles. Unos son delegados del gobierno. Otros ocupan puestos en la administración pública. Los delegados militares que figuran al frente de los distritos fiscalizan los municipios, hablan a gritos a los alcaldes como si fuesen reclutas, gobiernan los pueblos lo mismo que cuarteles y dan sus disposiciones, conservando en la mano el latiguillo de montar. Estos delegados cobran su sueldo de oficial, una gratificación del gobierno y una remuneración votada por los ayuntamientos que viven aterrados bajo su arbitrariedad de pequeños procónsules. Total tres pagas. Aparte de esto los ayuntamientos tienen obligación de proporcionarles casa gratuitamente para ellos y sus familias.

Todos los comisarios del Terror-militarista son protegidos de Miguelito y forman el principal núcleo de sus admiradores y sostenedores. Cuando el dictador viaja por las provincias, estos delegados con espuelas, llevan a los ayuntamientos lo

mismo que si fuesen rebaños a tributar ovaciones a Miguelito, proclamándolo el Salvador de España.

Como el presidente del Directorio es hombre sin escrúpulos, que vive alegremente con la mentira y busca éxitos escénicos lo mismo que un comediante, se vale de todas estas gentes aterradas para engañar a su vez al país. Alcaldes y secretarios de ayuntamiento firman por miedo, todo lo que les exigen los delegados militares, y de este modo el Directorio, con estadísticas falsificadas, pretenden hacer creer que bajo su mando se han conseguido las mayores moralizaciones y aumentando de un modo nunca visto los ingresos públicos. Miguelito en el fondo no es mala persona. Aprovecho la ocasión para declararlo. Hasta ahora no ha matado a nadie y le creo incapaz de ordenar el asesinato de Matteotti. Es verdad que tampoco necesita preocuparse de estas iniciativas. Tiene dentro de casa quien se encargue de asesinar.

El y casi todos los generales del Directorio son simplemente unos figurones, cuyo mayor defecto consiste en creerse con una superioridad mental y una sabiduría guerrera que nunca tuvieron. Tal es la ridícula soberbia de estos pobres hombres que acusan a todo el que los censura, de enemigos de la patria. ¡Como si ellos fuesen la patria!... Pero al lado de dichos Arlequines funciona como ministro de la Policía, un verdadero facineroso, el general Martínez Anido que todo el mundo conoce en España. Este individuo lleva sobre su conciencia (si es que la tiene), más de quinientos homicidios cometidos por medio de asesinos llamados «pistoleros» que matan a sus órdenes.

Todos los criminales encerrados actualmente en los presidios españoles, tienen una historia más corta que la de este hombre. Martínez Anido ni siquiera puede ofrecer la excusa de ser un terrible y desinteresado verdugo al servicio del orden, como los generales que dirigían la policía de los Zares en tiempos del absolutismo ruso o como su difunto cómplice, el coronel Arlegui, alcohólico y demente. En él van unidos la

voluptuosidad roja de la matanza y el amor al dinero.

Los que conocen su vida como gobernador de Barcelona, calculan que se llevó de allá mucho más de un millón de pesetas. Al mismo tiempo que ordenaba diariamente asesinatos, se hacía pagar contribuciones cuantiosas por las casas de juego, las casas de prostitución y los espectáculos lascivos. Una parte de esos tributos deshonorosos, los destinaba a establecimientos benéficos. El resto se lo guardó siempre sin dar cuentas. El diputado Layret (un paralítico) se propuso hablar de esto en el Congreso, pero antes de que pudiera hacerlo fue asesinado en una calle de Barcelona.

Primo de Rivera y los otros generales del Directorio, pueden darse el lujo de parecer bondadosos y falsamente tolerantes. Su camarada Martínez Anido se encarga de matar por ellos.

Uno de los asuntos más urgentes de España es atender a la enseñanza pública. En ninguna de las naciones de Europa se nota más la falta de escuelas. Todos los partidos, hasta los de la más extrema derecha, convienen en que el país está falto de enseñanza elemental. Según ciertos cálculos, necesita unas 50.000 escuelas nuevas para colocarse al nivel de los grandes pueblos europeos. El Directorio no ha hecho nada en esta materia durante el período de su mando. Dirá seguramente como todos los gobiernos monárquicos, que no tiene dinero para la enseñanza pública. Pero el dinero ¡ay! se encuentra siempre en España para hacer guerras que sirvan de entretenimiento a un rey deportivo, deseoso de jugar a los soldados.

La guerra de Marruecos cuesta actualmente CINCO MILLONES DE PESETAS todos los días. Con la mitad de esta suma se podrían sostener las 50.000 escuelas modernas que hacen falta, cambiando totalmente la faz moral de la nación. La mayor parte de los males de España, tienen como causa la falta de nuevas escuelas y la mediocridad y defectos tradicionales de las que existen.

Otro de los fracasos del Directorio, ha sido su actuación en Cataluña. Primo de Rivera inició su movimiento contra la legalidad constitucional, apoyándose en la burguesía catalana y halagando a los catalanistas. Al usurpar el poder, los trató luego con una brutalidad desleal, que indigna a todo espíritu honrado.

Autorizó fiestas públicas organizadas por catalanistas, para darse luego el gusto de arrojar la caballería sobre la muchedumbre, sableándola a su placer. Ha preparado emboscadas para golpear al pueblo catalán, creyendo aterrarlo de este modo. Tal conducta ha servido para excitar más el resquemor de los catalanes, agrandando el abismo entre ellos y el resto de la nación.

El Directorio ha fracasado en todas las cuestiones de interés nacional. No ha hecho nada nuevo ni positivo.

VI. El peligro del militarismo español y la necesidad de su muerte

El Directorio representa un peligro para el mundo. Las naciones de régimen democrático, como son hoy las directoras de la humanidad, deben fijar su atención en el actual gobierno de España, anacronismo absurdo y peligroso.

Las naciones de la América llamada latina sufren la influencia de este gobierno ilegal. Desde que existe el Directorio, algunos presidentes tiránicos de repúblicas sudamericanas, ven una justificación de su conducta en este gobierno militarista de España, a la que llama «la madre patria».

Alfonso XIII ha ido como un monarca de la Edad Media a leer ante el Papa un discurso en el que no reconoce otros españoles que los católicos, haciendo abstracción de los que viven aparte de tal creencia religiosa, como si los protestantes o los racionalistas no tuviesen derecho a vivir.

Gracias al gobierno del Directorio, el jesuitismo se está apoderando de España. Alfonso XIII durante su permanencia en Roma, invitó al general de la Compañía de Jesús a que visitase lo que él llama «mi nación».

Creo que por primera vez, desde los tiempos de San Ignacio de Loyola, el general de los jesuitas ha viajado oficialmente por España, y en el momento que escribo estas líneas aun está en ella, recibiendo toda clase de homenajes como una especie de «Rey Negro» que se considera en el fondo de su pensamiento, el verdadero rey de la nación. Alfonso XIII ha pronunciado un discurso más en la Universidad que los jesuitas tienen en Deusto. La Compañía de Jesús aprovecha esta racha de influencia que le proporciona el Directorio, y

pretende que Miguelito la conceda el privilegio de la enseñanza de la religión en las Universidades, medio seguro de tenerlas bajo su influencia.

Ser protestante o tener otras ideas religiosas que la católica, es en España algo vergonzoso que hay que mantener oculto. Los templos no católicos solo pueden existir en el interior de los edificios, sin tener signos exteriores sobre la calle, disimulándose como si fuesen lugares de perdición.

La persistencia del Directorio militar en el Gobierno y de Alfonso XIII en el trono de España, representan un peligro para la paz del mundo. Alfonso XIII está a suelo de la casa Krupp y de todas las casas alemanas que quieran darle una buena propina.

He dicho en otro capítulo que el rey de España es accionista de la Compañía de Navegación Trasmediterránea. Tiene 3.000 acciones liberadas que le regalaron a cambio de que apoyase con su influencia a la citada compañía. Esta es la que hace con sus vapores el servicio de tropas y el transporte para la guerra de Marruecos. De ello resulta que el rey tiene un interés financiero en que dure la guerra.

Mientras más se prolongue, la Compañía Trasmediterránea hará negocios mayores y él podrá cobrar mejores dividendos. La Trasmediterránea poseía unos astilleros importantes en el puerto de Valencia y los ha vendido recientemente a la casa alemana de Krupp. Los accionistas de dicha Compañía de navegación con motivo de tal venta se dividieron en dos grupos. Uno estaba compuesto de accionistas de ideas liberales partidarios de los aliados. Dicho grupo se resistía a vender los astilleros a Krupp por ser una casa alemana, adivinando la finalidad que perseguía al querer realizar dicha compra. Pero el rey con sus 3.000 acciones, que están representadas por uno de sus cortesanos, se decidió en favor de la venta, y ésta fue acordada por enorme mayoría. Desde hace meses los importantes astilleros de Valencia pertenecen a la casa Krupp.

Además la misma casa Krupp acaba de comprar valiosas fundiciones de hierro en Barcelona y va a adquirir otros establecimientos en Tarragona para hacer instalaciones marítimas y grandes talleres. Todo bajo la protección y el apoyo oculto de Alfonso XIII. No hay más que examinar un mapa de la costa mediterránea de España. Barcelona, Tarragona y Valencia, todo es ya de Krupp a estas horas, y se dice que el movimiento de expansión alemana va a continuar bajo el protectorado de Miguelito y Alfonso XIII, instalándose nuevos establecimientos de Krupp en Málaga y también en Algeciras, junto a Gibraltar. Francia e Inglaterra, dirán qué les parece todo esto.

Los establecimientos Zeppelin van a instalarse igualmente en Sevilla. Con el pretexto de intentar una comunicación aérea entre España y la América del Sur, creará Alemania en el corazón de la península un centro productor de máquinas volantes de guerra.

España, tiranizada en su vida íntima, se ve arrastrada exteriormente a desempeñar un papel desleal y odioso ante las naciones más afines a ella. Hora es ya de que termine esta indigna y equivocada situación y eso solo puede conseguirse echando abajo al causante de todos los males actuales, al que representa la institución corruptora que ha arrastrado a España a su triste situación actual. Alfonso XIII debe desaparecer del suelo español. El y algunos generales del Directorio tienen tal conciencia de su fracaso que en estos momentos solo piensan en hacer dinero para asegurar su porvenir.

Nunca en la historia de España se vio tal avidez por saquear a la nación favoreciendo negocios particulares. En solo un año de gobierno militarista se han consumado negocios inauditos. Van dadas concesiones escandalosas a compañías de ferrocarriles. Se ha otorgado el monopolio de los Teléfonos en toda España a una sociedad, sin concurso ni subasta, gracias a enormes propinas repartidas previamente. Hasta se

ha hecho un privilegio de la reventa de espectáculos (teatros, cinemas y corridas de toros), confiando dicho privilegio a un individuo, por un millón de pesetas anuales que entrega ostensiblemente a la hacienda pública y algo más que repartió en secreto a los que le proporcionaron tan bonito negocio.

Agentes que presumen de estar bien apoyados, van proponiendo monopolios a banqueros de Francia, de Inglaterra, y de los Estados Unidos, a cambio de gruesas comisiones. Yo he tenido el honor de estorbar algunos de estos negocios y aprovecho la ocasión para decir a los capitalistas de todos los países:

—No aceptéis negocios con la actual tiranía militar, ni con Alfonso XIII, el rey de las comisiones y las acciones liberadas. Cuando España recobre su vida legal y vuelva a vivir en pleno goce de sus derechos, someterá a una revisión todos los negocios de la época del Directorio y es casi seguro que se negará a reconocerlos, primeramente por haber sido realizados en una época ilegal y en segundo término porque la mayoría de ellos son un resultado del soborno.

La monarquía que ha envenenado la mentalidad nacional y reblandecido el carácter viril del español, cuenta con la indecisión y el miedo de las clases conservadoras.

—Si se va el rey ¿qué pasará? —se preguntan millares de gentes simples.

Seguramente que no pasará nada tan terrible y absurdo como la presente guerra de Marruecos, y España en cambio se colocará en una postura de pueblo moderno, siendo mejor considerada por las grandes naciones civilizadas, que bien lo necesita.

Después de la última guerra han desaparecido de Europa unos 18 reyes y las naciones no han muerto por eso. Alfonso XIII será el 19 y España vivirá mejor que ahora.

Estas gentes asustadizas, de inteligencia vacilante y miedo pueril obran lo mismo que si al sentir arder sus vestiduras inferiores no se atrevieran a moverse, por miedo al cambio de postura. De continuar inmóviles acabarán por arder vivas, pero cuando intenten defenderse ya será tarde.

Gastamos en la guerra CINCO MILLONES DE PESETAS todos los días. ¿Puede esto prolongarse? España es pobre. La guerra europea hizo entrar en el país doce mil millones oro, lo que produjo un bienestar pasajero que hubiera podido prolongarse, dedicando esta riqueza inesperada a las obras de la paz. Pero la mayor parte de tal riqueza la ha consumido una burguesía imbecil que se dejó timar por los alemanes, comprándoles marcos, y el resto, se disuelve en los derroches de una guerra infructuosa, que nadie quiere.

Yo comprendo la guerra y la muerte por defender el territorio nacional; por mantener la integridad de la patria; pero ¿qué nos importa a nosotros Marruecos?... Podrá importarle a Alfonso XIII, que desea jugar al Káiser, empleando la juventud española como si fuese una caja de soldados de plomo. Le puede importar a la parte del ejército inconsciente o rapaz, que necesita una guerra para adquirir ascensos o hacer negocios, aunque perezca el país. Le puede interesar a los fanáticos que hablan aún de la cruz, de la media luna, y quieren continuar la guerra contra los moros, como en la Edad Media.

Mas hay una parte del ejército que es honrada, verdaderamente patriota, y maldice en silencio esta guerra estúpida, inútil, sangrienta y de inciertos resultados; guerra que es del rey y no de la nación. Existen las madres y las esposas españolas que lloran una lucha sin gloria, en la que han perecido más de 25.000 hombres, o sea la cuarta parte del ejército combatiente. Existimos todos los españoles que estamos pagando desde hace catorce años, este capricho real del eterno adolescente.

—¿Qué pasará si se va el rey? —vuelve a repetir con tono de balido el rebaño de los simples y los miedosos.

Pasará que todos los españoles de buena voluntad nos juntaremos para crear de nuevo una nación española, que hace años dejó de existir. Todos podrán colaborar en esta obra santa: los que trabajan con sus manos, los que producen con su cerebro, los que llevan al cinto una espada honrada o empuñan un fusil, y desean servir con sus armas a la nación, no a una dinastía, ni a una clase determinada; todos los españoles en fin, que amen a España y deseen verla gobernada por ella misma.

Que hable por primera vez, después de medio siglo de silencio, la voluntad nacional. Que desaparezcan esos hambrientos de placeres y de riquezas que van de uniforme a todas horas, y dicen vanidosamente a cada momento «Nosotros los soldados» y no sirven para ser soldados, pues hartos lo han demostrado en una guerra que ellos mismos provocaron y cultivaron.

La monarquía de los Borbones fracasó completamente. El Directorio que es su última obra, ha fracasado también, pero al morir se agarra al rey con los brazos succionantes del pulpo y lo retiene prisionero para arrastrarlo en su ruina.

Alfonso XIII vive en la actualidad cautivo de Primo de Rivera, su cómplice en el asesinato constitucional. El dictador conoce, bien el carácter falso del rey, su deslealtad con los amigos, su afición a enredos y conspiraciones. Sabe que busca el auxilio de otros generales para hacerle caer y no oculta el concepto que le merece por tales manejos. Como respeto la vida interior de las familias, no me atrevo a repetir las palabras injuriosas y soeces con que Primo de Rivera designa muchas veces a su rey.

Alfonso XIII evita mostrarse en público. Pasa semanas enteras en sus posesiones reales y ni aún así consigue verse libre de la vigilancia recelosa de Primo de Rivera. Dos

capitanes designados por el Directorio le siguen de lejos en sus paseos, le espían o permanecen de guardia en su antesala. La censura del Directorio abre todas las cartas dirigidas a Alfonso XIII. Primo de Rivera teme que se entienda con otro general cortesano, —como se entendió con él— preparando un segundo golpe de Estado, contra el Directorio.

Según parece, entre los generales españoles afectos a la monarquía, existen ya varios grupos que se miran con hostilidad. Gracias a Alfonso XIII el generalato español es hoy un generalato a estilo de Méjico. Sobre sus gorras con entorchados se ve el gigantesco sombrero á la mejicana de Pancho Villa. Pero hay que añadir en honor de los generales mejicanos que éstos, a lo menos, cuando se odian se hacen la guerra y se fusilan tranquilamente. Los Obregones de España se tienen miedo unos a otros y únicamente se molestan con chismes, murmuraciones e ironías femeninas, como la de Primo de Rivera al echar de España a su rival Cavalcanti, enviándolo a estudiar la organización de los... ejércitos balcánicos.

No es difícil reconstituir a España en una forma moderna, tranquila y progresiva.

Ante todo que se vaya el rey. Haremos lo que acaba de hacer Grecia. Se constituirá un Gobierno provisional compuesto de todos los elementos no contaminados por el régimen caído, y la nación podrá expresar su pensamiento libremente al restablecerse la vida constitucional y recobrar todos los individuos el absoluto goce de sus derechos.

Durante dos o tres meses se hablará con libertad, se discutirá serenamente aleccionados por esta pesadilla que estamos sufriendo, y será organizado un plebiscito nacional en el que votarán todos los ciudadanos la forma definitiva del gobierno español.

Si la inmensa mayoría del país se decide por la monarquía, así será, aunque indudablemente la tal monarquía tendría

que ser con un rey más limpio y probo que el actual.

Digo esto como muestra de imparcialidad y de respeto a la opinión española; pero sé bien que la hipótesis de que la forma monárquica surja triunfante de un plebiscito, después de lo que está ocurriendo en el presente, es como hablar de la probable salida del sol a media noche. Alfonso XIII el autor del desastre de Annual del telegrama «¡Olé los hombres!», se ha encargado de demostrar, hasta los más tardos de inteligencia lo que cuesta a un pueblo tener por rey a un Borbón.

Si dicho plebiscito proclama la República, tendremos una República verdaderamente nacional, en la que se podrán desenvolver todas las aspiraciones de los españoles, las cuales aunque parezcan contradictorias, estarán guiadas por el común deseo del bien de la patria.

La República es la paz, es la escuela, es el respeto y la libertad de todas las opiniones, es el ejército verdaderamente nacional al servicio de la ley, sin aventuras y sin robos, con el militar conociendo bien su oficio; un ejército como los de Francia, de Suiza, de los Estados Unidos; ejércitos de república, que han cumplido mejor sus deberes profesionales que el organizado corruptoramente por la monarquía española.

Dentro de la República, vivirán como adversarios corteses y tolerantes, los españoles que hoy se hacen una guerra civil sin entrañas, justamente indignados por los atropellos y los crímenes de que han sido objeto. Las masas obreras, perseguidas brutalmente como bandas de animales feroces, se mostrarán iguales a las de otros países, defendiendo sus derechos, pacífica y razonadamente, dentro de un régimen de libertad, bajo una ley igual para todos. Las clases capitalistas no verán su dinero derrochado por la guerra, ni tendrán que dar propinas corruptoras para emprender negocios de pública utilidad. El capital y el trabajo, vivirán como en los grandes países civilizados. En ninguno de ellos

se ha encontrado todavía la solución para sus antagonismos seculares, pero los conflictos económicos se van resolviendo en una forma culta y no por el asesinato, como lo ha venido haciendo la monarquía española. Los partidarios de la vida autonómica regional no tendrán que apelar a un separatismo, que resultaría inútil y pernicioso para ellos mismos. Podrán vivir una existencia propia, como la viven los Estados autónomos dentro de las repúblicas federales de Suiza y los Estados Unidos de América.

Mas para que resulte posible esta transformación nacional es preciso que primeramente desaparezca el rey.

Mientras exista dentro de España, debe considerarse grotesco todo intento de gobierno nacional y de plebiscito. Es un enredador, un intrigante, un biznieto de Fernando VII, que esparce en torno de su persona una acción corrosiva, semejante a la tinta que secretan ciertos moluscos.

Además sería un bien para él y una tranquilidad para los nuevos gobernantes, el verle lejos de España.

Alfonso XIII debe ser procesado al recobrar la nación su vida normal. Es de justicia. VEINTICINCO MIL CADÁVERES DE ESPAÑOLES, cuyos huesos blanquean sobre la tierra de África, lo exigen con la voz silenciosa del más allá.

Y los procesos de los reyes, cuándo éstos no se alejan previamente, acaban a veces, de un modo trágico.

De esto saben algo, la Inglaterra de Cromwell y la Francia de la Convención.

París, Noviembre, 1924.

Vicente Blasco Ibáñez



Vicente Blasco Ibáñez (Valencia, 29 de enero de 1867 – Menton, Francia, 28 de enero de 1928) fue un escritor, periodista y político español.

Dividió su vida entre la política, el periodismo, la literatura y el amor a las mujeres, de las que era un admirador profundo, tanto de la belleza física como de las características psicológicas de éstas. Se definía como un hombre de acción,

antes de como un literato. Escribía con inusitada rapidez. Era entusiasta de Miguel de Cervantes y de la historia y la literatura españolas.

Amaba la música tanto o más que la literatura. Wagner le apasionaba, su apoteósica música exaltaba su viva imaginación y soñaba con los dioses nórdicos y los héroes mitológicos como Sigfrido, nombre que más tarde pondría a uno de sus cuatro hijos. En su obra *Entre naranjos*, nos deleita con el simbolismo de las óperas del célebre compositor. En una reunión típica de la época, en que los jóvenes se reunían para hablar de música y literatura y recitaban poesías, conoce a la que sería su esposa y madre de sus hijos, María Blasco del Cacho.

Aunque hablaba valenciano, escribió casi por completo sus obras en castellano con solo nimios toques de valenciano en ellas, aunque también escribió algún relato corto en valenciano para el almanaque de la sociedad Lo Rat Penat.

Aunque por algunos críticos se le ha incluido entre los escritores de la Generación del 98, la verdad es que sus coetáneos no lo admitieron entre ellos. Vicente Blasco Ibáñez fue un hombre afortunado en todos los órdenes de la vida y además se enriqueció con la literatura, cosa que ninguno de ellos había logrado. Además, su personalidad arrolladora, impetuosa, vital, le atrajo la antipatía de algunos. Sin embargo, pese a ello, el propio Azorín, uno de sus detractores, ha escrito páginas extraordinarias en las que manifiesta su admiración por el escritor valenciano. Por sus descripciones de la huerta de Valencia y de su esplendoroso mar, destacables en sus obras ambientadas en la Comunidad Valenciana, su tierra natal, semejantes en luminosidad y vigor a los trazos de los pinceles de su gran amigo, el ilustre pintor valenciano Joaquín Sorolla.

Blasco cultivó varios géneros dentro de la narrativa. Así, obras como *Arroz y tartana* (1894), *Cañas y barro* (1902) o *La barraca* (1898), entre otras, se pueden considerar novelas

regionales, de ambiente valenciano. Al mismo tiempo, destacan sus libros de carácter histórico, entre los cuales se encuentran: Mare Nostrum, El caballero de la Virgen, Los cuatro jinetes del Apocalipsis (1916), El Papa del Mar, A los pies de Venus o de carácter autobiográfico como La maja desnuda, La voluntad de vivir e incluso Los Argonautas, en la que mezcla algo de su propia biografía con la historia de la colonización española de América. Añádase La catedral, detallado fresco de los entresijos eclesiásticos de la catedral de Toledo.

La obra de Vicente Blasco Ibáñez, en la mayoría de las historias de la literatura española hechas en España, se califica por sus características generales como perteneciente al naturalismo literario. También se pueden observar, en su primera fase, algunos elementos costumbristas y regionalistas.

Sin embargo, se pueden agrupar sus obras literarias según su gran variedad temática frecuentemente ignorada en su propio país, puesto que además de las novelas denominadas de ambiente valenciano (Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Entre naranjos, Cañas y barro, Sónnica la cortesana, Cuentos valencianos, La condenada), hay novelas sociales (La catedral, El intruso, La bodega, La horda), psicológicas (La maja desnuda, Sangre y arena, Los muertos mandan), novelas de temas americanos (Los argonautas, La tierra de todos), novelas sobre la guerra, la Primera Guerra Mundial (Los cuatro jinetes del Apocalipsis, Mare nostrum, Los enemigos de la mujer), novelas de exaltación histórica española (El Papa del mar, A los pies de Venus, En busca del Gran Kan, El caballero de la Virgen), novelas de aventuras (El paraíso de las mujeres, La reina Calafia, El fantasma de las alas de oro), libros de viajes (La vuelta al mundo de un novelista, En el país del arte, Oriente, la Argentina y sus grandezas) y novelas cortas (El préstamo de la difunta, Novelas de la Costa Azul, Novelas de amor y de muerte, El adiós de Schubert) entre sus muchas obras.

(Información extraída de la Wikipedia)